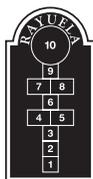




ANATOMÍA DE UNA ILUSIÓN





ANATOMÍA DE UNA ILUSIÓN

JAVIER PERUCHO

Presentación
Ana María Shua

Textos de Difusión Cultural
Serie Rayuela



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura
México, 2016

Primera edición: mayo de 2016

D.R. © Javier Perucho

D.R. de la presentación: © Ana María Shua

D.R. © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México

Coordinación de Difusión Cultural

Dirección de Literatura

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán

C.P. 04510 Ciudad de México

Diseño de portada: Roxana Deneb y Diego Álvarez

ISBN: 978-607-02-7971-3

ISBN de la serie: 968-36-3762-0

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales. Todos los derechos reservados.

Impreso y hecho en México

*Un tributo para quienes animaron
las patrañas de esta ilusión:
Ignacio Betancourt, Agustín Monsreal,
Federico Patán y Raúl Renán.*

SOBRE ANATOMÍA DE UNA ILUSIÓN

Con un lenguaje sencillo, coloquial, pero siempre riguroso, Javier Perucho nos trae estas historias mínimas y sin embargo completas y complejas, por donde avanzan sus personajes a través de pequeños caos, pequeñas pesadillas borrosas. Perucho se permite jugar con varios tonos: por momentos es realista, por momentos sus minificciones, sin despegarse del mundo real, sin abandonar nunca la mirada crítica sobre la sociedad, tocan la frontera de lo caricaturesco o de lo absurdo.

Una multiplicidad de voces sale a contarnos estas historias, tan distintas, tan variadas. Y sin embargo, hay motivos que las unen, como la violencia, uno de los temas que se reiteran: en el fútbol, en la familia, en la escuela, en el trabajo, en las múltiples relaciones posibles entre los seres humanos. Hay relatos crudos de secuestros, de violencia doméstica, de peleas callejeras, golpes, sangre, dolor y vergüenza.

De pronto aparecen detalles luminosos en escenas llenas de sordidez. Una mujer ataca a patadas a su novia en el baño de un bar porque miró a un hombre: *El desinfectante remedaba un olor a pino, lo descifró justo cuando vio que el linóleo jaspeado contenía su sangre*. Por momentos campea un humor irónico, abrasivo, como en la casa que se aleja barrida por el agua mientras la familia actúa como si nada estuviera sucediendo y los vecinos saludan como todos los días.

Perucho ha decidido descartar la resolución ingeniosa que a veces le hace tanto daño al género. Pero no evita divertirse con la réplica y el lamento de las sirenas homéricas, por ejemplo, o con la aparición de esa ninfa capaz de practicar la falomancia para predecir el destino de Odiseo.

En una vuelta de tuerca muy interesante, los relatos no se mantienen encerrados dentro de sus límites, al contrario, se cruzan, se continúan, mantienen vínculos que los relacionan unos con otros en complejos fractales. Así, hasta que no llegamos hasta la última página del libro no podemos saber dónde termina cada historia. Y vale la pena el recorrido de esta *Anatomía*, que sirve para sostener la más loca de las ilusiones: la ficción, la gran ilusión literaria.

ANA MARÍA SHUA

LA TAREA

Para Federico Patán

Cómo se le ocurre al maestro dejarnos esa tarea. Escribir una narración en cuyo final injertemos otro cuento, que además sea congruente con nuestra historia, Salida de su ronco pecho, así lo dijo en el salón.

Al terminar la clase, tomó su libro, el borrador y los plumones de su escritorio sin escuchar nuestras quejas, nuestras súplicas de que ejercicios de escritura ya no queríamos, que nos mandara al cine, al museo o planeara un trabajo en equipo, eso le dijimos, ¿Qué no sabe que para escribir ya está internet? Como él no tiene nada que hacer. Cuando vas a su cubículo se la pasa escribiendo o pegado a sus libros, o lo encuentras en la cafetería con sus amigos, siempre discutiendo, acalorados por la charla.

Y ahora de dónde saco esa historia, a la que le voy a pegar lo que anotó en el pizarrón, que copio tal y como lo apunté en mi cuaderno: "Y cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba ahí". Según él, un cuento extraordinario, el más breve jamás escrito. ¡Ándale! Si ésos son sus gustos, ¿qué leerá o de qué hablará con esos fachosos y greñudos que se sientan a su mesa?

Luego, cuando me devuelve las tareas, dice que ponga atención en las palabras, que Jesús lleva acento, que me faltaron tantas comas, ¡Cuánto me fastidia señalando en rojo mis errores!

¿Y si le escribo cuando me asaltaron en el trolebús, o sobre el primer beso que me regaló la Cristina detrás del

zaguán, o acerca del día en que las olas del mar arrastraron un cadáver? ¿Con esos retazos de mi vida se podrá hilvanar una narración? Si estos acontecimientos fueron verdad, ¿podré vaciarlos en un cuento, tendrán espacio en una historia?

ADIÓS AL FUTBOL

Luego de semanas de mirar el televisor, atento a las repeticiones, los horarios de transmisión, los goles, el fasto de las jugadas, las equivocaciones infernales de porteros, delanteros, árbitros, mediocampistas y defensas, por fin ha concluido el Mundial de futbol. Escribo por fin no por mero hastío, sino con el lamento enmudecido del adicto, que se hala los cabellos cuando de su cuerpo se ausenta la sustancia que lo catapulta a la vida, luego sudo, me estremezco, toco el bolsillo del pantalón para asegurarme el bulto de la cartera, incluso sin que resguarde ni un méndigo billete.

Y ahora qué haré, me pregunto cual fanático, mientras exhalo nerviosamente el humo del cigarro, sin la adrenalina que me mantenía a flote, del amanecer hasta la primera hora vespertina.

La charla de la comida y la sobremesa decaen, la pasión por el esférico se derrite, el motivo de las reuniones se pierde en cada agonizante partido. Nunca más volveré a hablar con mi vecino de enfrente, ya no escucharé más en las calles, el taxi o en los vagones del Metro la pasión incontentada, la multitud apeñuscada que contempla y grita la gloria del gol.

FUERA DE LUGAR

No me deja escuchar la crónica del partido esta niña chillona, ya le di su mamila, la arrullé en su cama, le acerqué el muñeco de peluche que abraza antes de dormir, y nada, sigue berreando. La llevé a la recámara y mientras la recostaba, los blanquiazules metieron otro gol a la marea verde, gloria y ensueño de mi vida. Todo por atenderla. Apenas me descuido, meten gol a mi equipo. Y en la repetición, clarito se ve que el delantero estaba en fuera de lugar. Ese maldito árbitro lo declaró bueno. Y la niña no para en su llanto, ¿qué tendrá? Su madre dejó la leche tibia preparada en los biberones, la ropa lista, pero no se calla, aunque sigue envuelta en su cobertor. De seguir con sus lloriqueos, la llevaré con la vecina, pues en otro descuido perderá el equipo de mis sueños.

Cuando metieron el segundo tanto, palpaba el pañal de la niña que, aunque seco, olía como a vegetales podridos. Otro gol ante mi descuido. Ya ni tiempo me dio de rabiarse en la repetición de la jugada. En el intermedio fui a buscar a la vecina, toqué a su puerta, pero nadie salió.

El segundo tiempo arranca, la madre no llega, pero la niña sigue en su llanto. Con otra distracción mía, perderemos el partido. ¿Y si la encierro en el cuarto de servicio, arropada, con su peluche y el biberón? Al fin la leche sigue tibia.

ESTAMPA DE VERANO

Amargada por su fracaso, Cristina corrió desesperada por el parque sin importarle que lloviera, hiciera frío y no hubiera iluminación entre las calles. Ramiro no se presentó a la cita que habían acordado amorosamente la víspera. Al no presentarse, Cristina azotó contra el pavimento el reloj que le iba a obsequiar como regalo de cumpleaños. Ramiro no llegó a su cita, pues andaba con sus amigos en un bar, de donde salió luego del mediodía. La hora del encuentro con Cristina era a las diez de la mañana.

ANTONIA

Tenía tres años, pesaba seis kilos. Cuando la encontraron estaba envuelta con una chalina. El suelo donde yacía estaba cubierto con plásticos, cartones y pañales sucios. Biberones vacíos y un muñeco de peluche la acompañaban. Llovía la noche en que la casera la escuchó gemir. Surcaban las calles rachas de viento frío y la temperatura había bajado hasta entumecer los huesos de los transeúntes. El cuarto de azotea donde fue arrumbada no tenía iluminación y sus paredes rezumaban humedad por las filtraciones de agua en el lavadero.

Los padres dijeron al policía que les preguntó por la niña, que la llevaron a ese cuarto porque no dejaba de llorar durante el partido. Desde los tres años, Antonia vive en un orfanato.

A LA MAR SIRENA

Salimos de casa tomados de la mano. En susurros, me dijo: Del mar profundo vengo, al ancho mar regreso. ¿Vienes conmigo? ¡No sé nadar!, grité aterrado, No importa, me consoló, basta con que te anude a mi cauda para remontarte, Vamos pues, le dije.

Desde entonces, conozco los secretos del viejo mar pi-rograbados en las dunas que las apacibles olas forman en el lecho marino.

SILENCIO DE ALCOBA

Sépanlo bien, escribanos: No cantamos para él porque nos difamaron diciendo que olíamos a pescado, que formábamos tropel entre las causas perdidas, igualándonos con las suripantas. ¡Ja! ¿¡Que Ulises nos poseyó ingeniosamente para ya no volver a nuestro lecho!?! Ensueños de marino en alta mar y patrañas de poeta.

Si supieran. Ulises apenas desembarcó, se quedó dormido por cansancio. Contó luego por ahí que se amarró al mástil mientras le untaban cera en el caracol de los oídos y ordenaba a su tropa marinera que no lo dejaran atracar en esta ínsula de playas apacibles y remansos de mar si el vórtice de nuestro canto lo atrapaba. Infundios que luego propaló ladinamente entre sus rapsodias aquel poeta invidente y, con él, ustedes.

Sí, apenas le salmodiamos para aplacar su sueño de naufrago a la deriva. Y según la palabra buena de la nereida bicaudal que lo velaba, dormía agitado, lubricado por la esposa tejedora, Penélope, un nombre que susurraba en su descanso de alcoba silente.

Antes de volver a su barco, Ulises desvaneció con agua dulce el sudor agrio, las costras de sal adheridas a su torso y su imberbe barba pilosa.

El testimonio de las cántigas de ese rapsoda invidente apenas recoge esos infundios de marinero célibe.

NOCHE DE ODISEO

Cuando la reina se aposente en la baranda, me llevas a la alcoba a aquella ninfa pelirroja y, cuando te silbe, atrancas la puerta, donde fingiré dormir profundo, en desnudo conyugal. Si grita o se espanta, la pastoreas hasta mi lecho, así la tomaré por la espalda. Dicen los pajes de la corte que practica una suerte de quiromancia. Antes de partir en mi bergante, quiero que me lea en mi palo mayor el futuro y el azar. La falomancia es un arte antiguo que ella domina por herencia. Quiero saber qué hay de incierto en mi destino.

OFICIO DE FALOMÁNTICA

No será por las líneas de tu mano, amor y señor mío, pero puedo anticiparte por la tensión de las venas en tu falo, el torrente de sangre que lo inunda, su pigmentación blanca, el musgo piloso que lo arropa y la impronunciada curvatura de tu miembro erecto, que todos sabrán de tu muerte, aunque nunca encontrarán al malnacido agazapado que soltará la tensa cuerda del arco de donde salió disparada la saeta que ensartó tu cráneo, esparció tu sangre sobre la capa negra y apagó la promesa de tu vida.

EL REFUGIO

¿Tiene derechos el secuestrador? ¿Y los míos? Él me tuvo encerrada primero en una casa, luego me llevó con sus cómplices a una cueva. Ahí estuve días sin fin, padecí noches sin cobijo, hambre y sed al amparo de mis recuerdos. Usted no hizo nada, señor juez. Yo sola llegué hasta aquí, así que no me recrimine mi conducta. Y hable menos en nombre de los delincuentes.

LOS DERRUMBES DE LA NOCHE

Supé que estaba encerrada en una cueva cuando me llevaron al baño. Me desataron las manos para orinar. Entonces aflojé el trapo que servía de vendaje. Aproveché el momento para entrever ramas, un lunar de grava, la claridad en el horizonte. La excavaron en una ladera. La luz del día me ayudó a percibir esos retazos de realidad. Desde ese momento no dejé de repetirme: Te mataré. Respiré lentamente, me acomodé bragas y pantalón, luego le dije que estaba lista. Caballerosamente me regresó a la cueva.

NAVEGACIÓN DOMÉSTICA

*Para mis amigos chilenos de la
Universidad de Concepción*

Desde la playa los mirábamos. Seguían la vida cotidiana sin sobresaltos, su casa mecida por las olas, ahora sosegadas. Ella barriendo la estancia; él continuaba leyendo el diario; el niño, apenas alterado, rebotaba su pelota en el pórtico de la casa, levemente bañado por el vaivén del agua salada.

Como la casa se alejaba hacia el mar sin horizonte, les dijimos adiós con las manos. El niño no dejó de jugar cuando ondeaba su mano para respondernos. La casa de madera se bamboleaba suavemente, mientras las olas apacibles la seguían alejando del arraigo de su domicilio.

MALDITO AMOR

Cuando la alcancé, miré el rostro de Madre estallado en heridas. La sangre le escurría de la frente, la ceja y la mejilla. Me pidió que lo alcanzara, pero no pude correr más. La sangre escurriendo de su cara me detuvo en medio de la calle. En la casa vecina los ladridos de un perro anunciaban nuestra presencia.

—Qué te ha pasado —le dije mientras la abrazaba, pero ella insistía en que corriera para alcanzarlo. La noche acariciaba el frío de la madrugada.

—No, Madre, déjalo que se vaya.

—Ve por él —insistía, tratándose de zafar de mi abrazo.

—No lo haré.

—Qué no ves que así me quiere.

LAMENTO DE SIRENA

¡Ah, estos navegantes de olas procelosas! Ya nada los detiene, ni la promesa de mi canto ni las bondades de mi carne. Ni exhibiendo el escrupuloso seno o aireando mis oquedades en el farallón musgoso mientras el esplendoroso sol colorea de azul el horizonte. No fue por mi canto, tampoco por mi talla o mi silueta. El desprecio que me arrebató el embrujo de mi voz partió del lupanar edificado a la vera del mar tranquilo, por eso aúllo durante el ocaso, para implorar que se acople en mi cuerpo tendido en decúbito dorsal uno de esos marinos al término de su amor cobrado.

¡Ven, marinero, ven por mí, a navegar por este cuerpo encallado!

PIEDRAS DE RÍO

Para Enrique Juárez

¡Tírale a la cara!, gritaba Juan a su hermanita, ¡Tírale a la cara, te digo! Temerosa, no se decidía a estampar en el rostro de su padre la piedra, que Juan había arrancado del lecho del río. Ella la mantenía envuelta en su mano: era una roca áspera, polvosa y frugal, rodada por el cauce acuoso desde hacía un tiempo sin nombre. Entonces la sopesó, balanceó el brazo y miró a su padre, tirado sobre la tierra, un eclipse de sangre en torno suyo con el imperativo de su hermano atenazando sus oídos. ¡Tírale la piedra! Cuando la orden acabó de rasgar el silencio, su hermanita remató la piedra de río sobre el rostro paterno.

DOMÉSTICA

Te dije que te calles, le gritaba, mientras su mano derecha azotaba la cara sorprendida de Mamá Gabriela. Por qué me pegas, Nicolás, si sólo hice lo que me pediste. ¿Qué te pedí? Que me plancharas el pantalón de mezclilla, pero olvidaste que no me gusta la raya en medio. No ves cómo se ve. Cuántas veces te lo he dicho. La valenciana planchada no me gusta. ¿Entendiste, Gabriela?

LINÓLEUM

Pero si apenas lo miré, balbucía, ovillado su cuerpo sobre el piso del baño. Una patada tras otra, a ratos un puñetazo, pero el dolor más agudo lo sufría por la punta picuda de unas botas, que se le encajaba entre las costillas, en los muslos, a lo largo de su cuerpo. Entonces recordaba, desde el piso húmedo, que apenas había entrevisto a aquel hombre, pero de esa mirada se había percatado Antonia, su novia de años, aunque vivían de común acuerdo en un departamento desde hacía un mes cumplido. Compartían gastos desde que se habían convertido en pareja, pero vivían la fiesta y los fines de semana los pasaban con los amigos de cada quien. Como ahora, durante el cumpleaños de las amistades de Ramona. Por el joven apenas vislumbrado en el bar yacía sobre el piso, aguantando los arrebatos de su amada, a quien dijo sí justamente en este bar en cuyo baño era castigada por las botas de Ramona. Mientras esperaba la siguiente patada, trataba de identificar el desodorante que aromatizaba el piso, ¿A qué olía?, se preguntaba, ¿Qué aroma era ése que le permitía alejarse del castigo, de los celos de su novia? Volvía a repetirse mientras llegaba otro puntapié.

El desinfectante remedaba un olor a pino, lo descifró justo cuando vio que el linóleum jaspeado contenía su sangre.

NOCTURNO

Los perros ladraban con miedo por las noches. El secuestrador les gritaba para callarlos, pero seguían con sus aullidos.

DOMICILIO DEL SEÑOR

—¿Esas bolas de neblina son nubes, papá? —preguntaba Antonia mientras volaba en su primer viaje de avión.

—Así es, bebé, son nubes.

—¿Es aquí donde vive Dios?

—Exactamente aquí vive —respondí escondiendo mi sorpresa por su pregunta.

—¿Entonces pasaremos por su casa?

—Ya la pasamos, corazón.

—¿Y por qué nunca me avisaste?

—No sabía que te interesara —por mi respuesta esperaba un reproche.

—¡Ay, tú siempre tan despistado! Cuando veas un ángel, avísame, ¿quieres?

Entonces me despabilé, abrí los ojos y me puse alerta, por si un ángel en su transcurrir pasara por mi ventana.

VIDA DE LA MOSCA

Para David Baizabal

Zumbaba y zumbaba, hasta que le pedí que dejara de rondar por mi puesto de las carnes. No vaya a ser que se encontrara más luego aplastada entre las palmas de mis manos, le dije con buena voz. Pero la mosca seguía aferrándose en su vuelo, hasta que le grité encabronado que se alejara. Como no me hizo caso, preparé un papel untándolo con cera. ¡Pinche papel! Por la fuerza del ventilador nunca estaba en su sitio. Luego ya no la sentí, seguramente andaba revoloteando por los puestos de frutas o la pollería. Al fin me dio reposo, ¡Canija mosca! Más tarde volvió. Le dije entre dientes: Hasta aquí llegaste con tu vuelo zumbón. Fui por un matamoscas a la tlapalería y al volver a mi puesto lo reposé sobre el mostrador en medio de los retazos, el suadero y la cabeza del chanco, descoyuntada temprano por la mañana. Regresó como a las cinco, cuando ya me preparaba para recoger y cerrar la tocinería. La oí planeando sobre el mostrador, más tarde orbitaba a mi espalda, ¡La muy cabrona midiéndome! Para entonces ya sabía que ésa sería la última visita de la pinche mosca. Tener cerca el matamoscas me daba la seguridad que obsequia el cuchillo bien esmerilado; en sigilo lo tomé y esperé a que circunnavegara de nuevo frente a mí. Cuando lo hizo, de un tajo fulminante la azoté contra las carnes. Levanté glorioso el matamoscas para limpiarlo, pero no vi nada de ese mísero cuerpo alado entre el tejido plástico. Enseguida planeó nuevamente sobre el caballete cuando destazaba

las últimas costillas. ¡Déjame en paz!, le grité, pero mi súplica fue en vano.

Ahora vive entre los tasajos, arracheras y costillas que tengo apiñados en el refrigerador. Cuando lo abro para despachar el pedido de otro cliente, me aseguro de que sigue ahí, entre los rojos, mullidos y cálidos cortes de carne. No me da lata, pero ya me compré un machete por si acaso.

DECLARACIÓN

Sí, maté a mi secuestrador. ¿Qué, es un crimen?

SIMPATÍA POR EL RUDO

¿Y si le rompemos su máscara? Me preguntó Juanito a la hora del recreo. Los dos corríamos sin freno ni destino por el patio de la escuela. Sin detenerme, le dije, Como va, y me puse a martillar con el puño el rostro de Pedro, después de corretearlo por las canchas, el patio y un pasillo. No fue difícil alcanzarlo, nomás se trataba de ponerle el pie para que tropezara. Y así fue, rodó por el suelo y mientras caía me monté sobre su cuerpo, mis piernas atenazando sus manos entre el piso de cemento. Le pegaba en el rostro con el puño amacizado, aunque escuchaba a Juanito gritándome a lo lejos, ¡Esa máscara no, pendejo! En ese momento entendí que no era la cara la que había que romperle, sino la máscara de luchador que llevaba puesta nuestro amigo cuando paseaba por la calle de la mano de su madre. Pero como nunca me lo aclaró el pinche Juanito, le pegué en su mera jeta al Pedro. El muy cobarde más tarde me acusó con el profesor, quien me regañó y amenazó con acusarme con Mamá Gabriela, previo coscorrón.

Nomás le dije, No le pasó nada, profesor, apenas le brotó sangre de la nariz.

LA SILLA

Cuando llevó su cuaderno de tareas al escritorio, le pregunté en voz baja, ¿Y esos verdugones, cómo te los hiciste? Circundaba la muñeca de su mano izquierda una línea rojiza, como una rozadura infectada, viva la carne. Sin mirarme respondió, Nada, pero insistí por la falta de coherencia en su respuesta, Dime qué te pasó, no se lo diré a nadie. Los niños del salón ya empezaban a fijarse en nosotros, pues no es habitual para ellos entregar la tarea y pasar tanto tiempo platicando con el profesor.

Al sonar la chicharra para salir al recreo, se acercó mustiamente para decirme, Cuando comemos Mamá Gabriela me amarra la mano a la silla con un mecate, porque quiere que use la derecha. Cuando hago la tarea o tomo el pocillo me regaña, diciéndome que eso no es de cristianos, que nomás los hijos del diablo agarran la taza con la zurda. Pero no puedo evitarlo, cuando me doy cuenta, el lápiz ya lo tengo entre los dedos de la mano izquierda. Mientras no está ella, mis hermanos me castigan con un manazo en la nuca o se burlan de mí, gritándome, ¡Te vas a ir al infierno! No les hago caso, pues ya no me importan. Ahora nomás me cuido de mi padre, que trajo de no sé dónde una vara de castigo con la que me azota si me ve agarrar el pocillo del café con mi mano preferida.

Esta pulsera me la hice ayer, pues Mamá Gabriela me amarró a la silla durante la comida. Cuando se fue al mercado, intenté soltarme azotándola contra el piso, pero no logré zafarme, así pues la muñeca me quedó salpullida por

los tallones que me di cuando intentaba desatarme. Creo que lo hacen por mi bien, eso me dicen ellos. Pero la mano derecha no me obedece.

—¿Usted qué piensa, profesor?

LOS ESPULGADORES

Necesitaba un cabello largo, tan largo como el de Cristina para amarrar al piojo de una pata, así que fui a buscarla. Ahí estaba, sentada en las escaleras, iluminada por el sol matutino, escarmenando su larga, ensortijada y negra cabellera. Me acerqué con sigilo, luego, cuando se dio cuenta de mi llegada, me senté detrás de ella. Miré su mano, su cepillo y cómo alaciaba ese torrente negro. Esperé un momento. Cuando una de las hebras flotaba por su nuca, la tomé entre mis dedos y la jalé. No esperé los manazos ni los gritos de Cristina, corrí enrollándome ese hilo negrísimo en el dedo meñique, pues lo usaré como soga para que no se me escape el piojo mientras combate contra los negros o los güeros que trajeron mis amigos. El mío lo atrapé a temprana hora. Cuando me peinaba resbaló sobre mi hombro. Lo guardé en un frasco vacío de perfume, cuyo líquido frugal se evaporaba de la espalda de Cristina.

Cuando me vieron corriendo, apostados en el patio de la vecindad, mis amigos me chiflaron, pues ya me esperaban para azuzar a los piojos amarrados: negros, rojos, güeros: puro combatiente. Como cada uno llevaba el suyo, me pidieron una topada. Dije que sí, pero que sólo me faltaba la hilada para anudarlo. Busca a Cristina, ordenaron en coro. Fue lo que hice hace rato.

A la luz del mediodía, el piojo parece un torito en miniatura, gorda su barriga por la buena cena que se dio mientras yo dormía. Espero que hoy sí gane éste, decía en

silencio, aunque los míos siempre me dejan mal, pues se desatan o los apachurran mis amigos cuando los suyos van perdiendo el combate. Pero éste se ve ganador.

¿Dónde está la caja?, les pregunto a mis amigos con un grito, ¡Quién trajo la caja! Uno de ellos levanta la caja de zapatos. La pone sobre el piso, luego la rodeamos y colocamos en el centro de la arena de cartón a los piojos anudados con su hebra negra y pilosa. Entre todos soplamos fuerte para azuzarlos, pero el mío se desata apenas inicia la batalla. Furioso, brinco varias veces sobre la caja. Creo que ninguno sobrevivió. Sin perder tiempo nos vamos corriendo para espiar a Cristina mientras se baña. Desde la azotea, vemos que de tan largo el torrente negro de su cabello serpentea por su torso hasta fundirse con el musgo azabache de sus piernas.

ORACIÓN AL HEREJE

Sólo te recuerdo que ordenaste a una ministra bajo tus ritos antes o después, ya no recuerdo. Cambiaste la ostia por pedacera de tortilla y tus sermones atizaban contra la compra del voto como si estuvieras en la plaza pública. Agradece que la congregación te dio cobijo, pero los ministros de tu iglesia están furiosos con tu actitud, así que no tienes otro camino más que obedecer. La teología de la liberación, como tú la llamas, Nicolás, o el canon. Padre, si ellos me eligieron, a la asamblea me debo. Mi congregación será la que me despida. Te aclaro que la congregación, Nicolás, no está por encima de los ministros ni del dogma, así que piensa en qué elegirás: Las metáforas en el púlpito o el ejercicio de tu ministerio. No tengo nada que pensar, padre, mi camino lo traza la redención de mi feligresía por la palabra. No me digas más, entonces. Me queda clara tu decisión. Es hora de partir. Padre, me quedo con mi grey, que me llamó, atiando y plugo por su bien. Por la poética de la liberación han aprendido a leer, conversar y participar en el gobierno de su parroquia. Mientras ésta me lo demande, estaré al servicio de la comunidad. Ahora me despido de usted para preparar el sermón de la tarde. Pero antes le pregunto si ayer asaltaron la panadería, el otro día abandonaron a un recién nacido sobre la banqueta, el miércoles hubo un tiroteo en la calle vecina entre rebeldes y la gendarmería, le pregunto, ¿qué pasaje bíblico puedo leer a los feligreses que no contemple la muerte, el despojo o el pecado? ¿Qué libro conversa sobre la piedad? ¿Qué sermón sobre la esperanza indico para su lectura en el púlpito?

VERANO

Búscate una vara y acompáñame a ver el cuerpo que trajo el mar. La mañana apenas despertaba cuando salí a caminar por la playa. Mis hermanos seguían durmiendo y mis papás habían viajado al pueblo por los víveres. Cuando lo vi, creí que era un ebrio que había pasado la noche en la playa como suelen hacer los turistas en verano. Estábamos en las vacaciones de verano. Me sobresalté al mirarlo de cerca, vi que no se movía, busqué una rama para despertarlo, pero mis intentos fueron en vano, pues ya no respiraba. Su cuerpo no tenía color, yacía tendido con un gesto de miedo petrificado en su rostro.

Entonces me acordé de mi nuevo amigo, a quien conocí en el mar mientras toreaba las olas, unas olas que apenas nos cubrían las rodillas, pero así servían para zambullirnos y para apostar quién aguantaba más la respiración debajo del agua. A veces me ganaba, otras yo lo vencía. Fui por él a su palapa. Afortunadamente, ya estaba afuera, sentado sobre la arena, dibujando con su pie unos garabatos y con cara de hastío de tanto estar solo, ya que no tenía hermanos y a sus papás nunca los vi cerca de él, ni escuché que lo llamaran como me gritan a mí cuando me buscan. Le platicué del hallazgo. No me creyó. Entonces le dije que me acompañara. Búscate una vara y acompáñame a ver el cuerpo que trajo el mar.

Cuando llegamos una marejada había volteado el cuerpo de cara al sol, orillándolo a tierra firme. Unas personas

en su atuendo de bañistas lo rodeaban. Luego se fueron, nosotros nos quedamos ahí para observarlo. Mi amigo se acercó al cuerpo y empezó a punzarlo con la vara, pero no ofrecía ninguna reacción salvo la pequeña hendidura en su cuerpo por el piquete.

Se acercaba el mediodía, ya repuesto del susto, me preguntó, Y ahora qué hacemos. No supe qué responderle. Corrí retándolo a unas zambullidas. Él sólo me siguió.

Luego de la cena, platiqué con mis padres. Como no me creyeron los llevé al sitio. Cuando llegamos unos marinos navegaban en una lancha buscando un cuerpo, pero ya se lo había llevado la crecida vespertina del mar.

ÁNIMA DE LA BASURA

¿Dónde dejé el bote con mis canicas? Ya no lo encuentro. Anoche lo puse sobre la mesa. Me acuerdo bien. Madre me preguntó qué había ahí, yo le respondí que almacenaba mis canicas, atesoradas por tardes de triunfo mientras jugaba con mis amigos en la calle, matando a todos y gananciándose las canicas apostadas en elocol. Las atesoraba en un bote lechero copeteado con ellas, sin tapa, porque estorba su acumulación, pero ahora no sé dónde está. Ya lo busqué hasta debajo de la cama, y nada. Mi hermano Nicolás aún no se levanta y no vio cuando lo reposé sobre la mesa, pues ya estaba dormido. Dónde lo dejé. Espíritu de la basura, ayúdame a encontrarlo y te prometo que ya no haré trampa en las canicas. Hoy mismo empiezo si lo hallo. Dónde lo dejé. Ándale, ayúdame, espíritu de la basura. Nunca más haré trampa a mis amigos.

Madre me llama al dormitorio. Dice que mientras tendía las camas encontró el bote arropado por la colcha. Bendita sea. Ahora sí, a jugar con mis cuates. Cuando salgo a la calle los encuentro tirando sus bolitas de cristal, elocol bien ancho trazado con ladrillo rojo, las canicas alineadas en su diámetro, da harto gusto mirarlas por sus colores y tamaños. Altas, gordas y pequeñitas; blancas, transparentes y veteadas. Hago la reta, les digo. El juego es por cinco canicas, me dicen. Pongo en derredor delocol las mías antes de iniciar. Ya sé que prometí no hacer trampa pero sin ella no puedo ganarles, así que pongo mi pie delante de la raya,

sin que ellos se den cuenta, y tiro. Por la chuza salen disparadas todas. Gano de nuevo. Recojo el triunfo y guardo las canicas en la bolsa de mi pantalón, a la espera de su almacén lechero.

A la mañana siguiente me levanto y pregunto a Madre por mi bote de canicas. Me responde que me escuchó ayer cuando farfullaba y, como no respeté mi juramento, el ánima de la basura se las llevó en prenda. Eso te pasa por no cumplir tu palabra, y terminó su regaño con ese gesto que me indica que me vaya al patio. Después me enteré que se las había dado a mi hermano, a quien mis amigos, viéndose otra vez en desventaja, se las arrebataron jugandoocol.

CRISTINA POR LA MAÑANA

Llegábamos a la carrera y nos aventábamos y nos acomodábamos para espiar a Cristina mientras se bañaba. No la fisgoneábamos por la grieta de la puerta del baño como lo hace el abuelo de la vecindad. Subíamos a la azotea para verla desde ahí, pues la ventana era larga y ancha y ella no la cerraba. A veces suponía que ella nos veía de reajo, como para enterarse de quién subía, quién se asomaba y quién estaba. Seguramente se divertía mirando cómo se nos caía la baba cuando se enjabonaba los senos, para mí unos perales jugosos y azucarados —así me supieron la única vez que me dejó embrocármelos, pero entonces desconocía que había que succionar, lamber, barrerlos con los labios y hablarles en susurros. Una tarde me enseñó—. Con nadie más se dejó tocar. Sí nos permitió que la contempláramos durante su baño mientras las tardes larguísimas se extinguían entre los cuartos de azotea.

Todos tumbados sobre el piso, la mano en la barbilla, en silencio, arrobados por su cuerpo húmedo, en cuyas cordilleras soñábamos cada noche. Nada me perturbaba más que verla enjuagar su cabello, pues se entallaba a la silueta de su cuerpo de tan largo, negro y rizado. Como serpiente se le enrollaba desde la nuca, corría por los senos hasta el vientre y ahí se fundía en la abertura de sus piernas, donde resplandecía de tan negro.

Al terminar de bañarse, se barría el agua de su cuerpo con las palmas de las manos, luego se secaba con una toalla,

que enredaba a su cabellera, con cuyo extremo se limpiaba la cara. A punto de vestirse, se dirigía a la ventana para cerrarla, desde ahí miraba hacia nosotros por un segundo. Más tarde salía en bata, con sus útiles de baño en una cubetita. Y en lo que trazaba el siguiente paso —sus sandalias repetían plas, plas, plas a cada zancada— miraba de nuevo a la azotea, hacia esos niños que le mendigaban una sonrisa. Ahí nos dejaba pellizcándonos entre nosotros, respirando agitadamente, la cara al sol y la mano en la bragueta.

COLUMPIO DE AZOTEA

¿Que cómo sabía que el abuelo de la vecindad espiaba a Cristina mientras se bañaba? Ahora les cuento. Pasó hace unos meses, no fui a la escuela porque amanecí enfermo del estómago. Por los cólicos salí aprisa de la casa para ir al baño. Cuando llegué ahí estaba don Pedro, marchito y arrodillado, viéndola por esa grieta que divide en dos la puerta. Como salí descalzo, no se dió cuenta. Aunque ya me andaba, y casi me gana, esperé a que el viejo regresara a su casa, escondido detrás del tinaco. Desde ahí lo escuchaba jadear, hablar entre dientes, resoplar muy fuerte y luego suspirar profundamente, como si tuviera una nostalgia cumplida. Cristina seguía en su ducha, con seguridad escuchaba esos gemidos desde adentro. Yo no le comenté nada. Pero se daría cuenta al día siguiente por el parche que llevaba el viejo en la nuca. Quietecito estaba cuando lo agarré, fajándose la camisa o subiéndose el cierre, no vi qué hacía claramente porque estaba de espaldas. Las ganas y los retortijones se me olvidaron. Recostado sobre el tinaco estaba un trapeador. Alguien lo olvidó o lo descansó ahí, no lo sé. Yo lo tomé, me acerqué al viejo y cuando lo tuve a tiro, le di un palazo. Nomás gritó un ¡Ay! adolorido y cayó al piso. Fuerte dió el costalazo. Corrí a mi casa y no salí más por ese día. La bacínica rebozaba por la mañana. Así fue como me enteré de que espiaba a Cristina.

Días después, cuando andaba para la escuela, Cristina me llamó, Cuando vuelvas me tocas por la ventana, me

dijo. Y eso hice. Ni la maestra, ni la clase ni la hora del recreo me importaron, sólo quería que avanzara el tiempo para salir corriendo para su casa. Toqué como ella me dijo. Abrió la ventana y me pidió que trepara. Te tengo un premio, me susurró cuando dejaba la mochila en el piso. Anudó su cabello por la nuca y sin más se quitó la blusa. Después se paró frente a mí, tan cerca que el calor de sus senos se transmitía por mi playera. Me acarició la entrepierna, pero yo me asusté. Entonces me calmó y dijo que podía beber de sus senos. Metí uno en mi boca y así me quedé por largo rato, hasta que me jaló del cabello para reclamarme, ¡Así no! Antes de que los lambas, te remojas los labios y luego besas los pezones, uno por uno. Así lo hice hasta que cerró sus ojos y comencé a rezar con su seno en la boca. Mientras mecía mi cabello, ella susurraba pero no le entendía. Así pasamos la tarde hasta que sentí el raptó de mi alma y una humedad en el pantalón y ella suspiraba más fuerte y jalaba bien recio mi cabello.

A la mañana siguiente me dolía la nuca por sus jalones tan fuertes. Ahora, cuando mis amigos se tiran panza abajo a contemplarla mientras se baña, me quedo sentado al borde de la azotea, las piernas columpiando, a la espera de que me pida que toque otra vez la ventana.

EL CÍRCULO

Madre nos contó la historia cuando nos daba el desayuno a mí y a mis amigos. Mientras nos decía, Prefiero tenerlos en la casa, que allá afuera de vagos. Escuchábamos atentos sus palabras, devorando nuestro almuerzo, hipócritamente sentados a la mesa.

Fue hace tiempo, ellos todavía no nacían —y miraba discretamente a Nicolás y luego a mí—. Las huellas de sangre amanecieron ahí, esparcidas por el patio, eran pisadas de unos zapatones de hombre, hasta se marcaban los surcos de las suelas. Se alternaban como medio metro una detrás de otra, venían de la calle hacia el fondo de la vecindad, se detenían en la barda, luego se perdían entre el charco de sangre, contenido en su flujo rojo, espeso. Buscamos en la azotea, en las casas vecinas, tocamos en los cuartos de la vecindad preguntando si faltaba alguien o había heridos para ayudar a quien hubiera regado tanta sangre. Nunca supimos qué pasó. Si hubo un muerto o algún herido.

El charco de sangre, después de lavar el patio, tirarle lejía y ceniza, dejó su espectro sobre el piso de cemento. Aún lo pueden ver si ponen atención, lo encuentran a la izquierda de la barda. Ahí se ve el círculo, una mancha negra floreada como si hubieran quemado el piso de cemento. ¿Les sirvo otro poquito? Nadie responde, el bocado entre las muelas y la garganta. Antes de que salgan a jugar —suavemente nos ordena—, se me olvidaba decirles que las huellas no venían de la calle, como les dije antes, nacían

en el patio, a la altura del cuarto de doña Lupe. Y don Pedro no había tomado esa noche. Si ya terminaron pueden salir al patio.

Salimos corriendo hacia la barda, y sí, ahí estaba, el círculo se distinguía por su diámetro borroso, imperfecto y quemado.

LA DOÑA

En su juventud fue la casera. Vivía en la vecindad desde hace mucho tiempo. Tuvo tres hijos: uno estaba en la cárcel, el otro se había perdido y el tercero andaba en el Norte. Sus maridos fueron más, con quienes peleaba cada tarde, los domingos y los días de fiesta. Borrachos armaban su escándalo en el patio, el corredor de la vecindad y en la calle, hasta donde la Lupe perseguía a los maridos armada con un palo, gritándoles inmundicias sobre sus madres, aventándoles rocas a la cabeza. Dice Madre que doña Lupe así mató a su propio padre, allá en su rancho, cerca de un río. Desde entonces vive en la vecindad, purgando sus culpas, eso dice Madre.

Por doña Lupe supe que mi tortuguita la había comprado ella misma en el mercado. Me lo dijo una tarde en que lloraba, acurrucada afuera de su cuarto, mientras lamentaba haberlo corrido porque se había agotado el alcohol, porque eso bebían, alcohol puro, que compraban en la farmacia. Luego se enjugó las lágrimas, con un gesto me pidió que me acercara. En un susurro me comentó que sabía de mis amarres amorosos con la Cristina, pero que no me preocupara, que ella sabía guardar un secreto. No me dejó alegar nada, pidió silencio con otro gesto. Después me dijo, No te preocupes, no le diré a sus padres. Y cuando no tengas cuarto, nomás me tocas. Luego me despidió, Ya vete. En mis oídos resonaban sus palabras, No tengas cuarto, aunque me respondía en silencio, Pero si yo también tengo.

DON PEDRO

Viejo depravado como era, nos contaba unos buenos chistes que nos hacían carcajear por horas y recoger lágrimas de tanta risa. Habitaba en uno de los cuartos más oscuros, pequeños y sucios de la vecindad, donde nos juntaba. Para que no hiciéramos bulla, así decía, cuando no íbamos a la escuela. Fui varias veces a visitarlo, pues Madre Gabriela me mandaba para llevarle un plato de sopa cuando estaba enfermo o a darle su medicina. Su cuarto no tenía ventanas, se iluminaba con velas y la puerta era muy estrecha, así que desde la penumbra apenas se adivinaban los muebles, los trastos y los cacharros que recogía de las calles y acumulaba para después venderlos en la chatarrería. Se llamaba don Pedro y vestía de un negro fúnebre del sombrero a los zapatos, si a las chanclas que calzaba se les podría llamar así de tan raídas. Doña Lupe era su mujer. Vivían en la vecindad desde que me acuerdo. Madre asegura que cuando ella rentó nuestro cuarto, ellos ya vivían ahí.

Don Pedro fue quien me regaló mi tortuga, una tortuga tan pequeña que me cabía en la bolsa de la camisa, donde paseaba cuando me mordió el pezón. Tanto fue mi dolor que me la arranqué rasgando la bolsa y, sin pensarlo, la aventé hacia la calle. No supe más de ella hasta que un día don Pedro —en su ebriedad zigzagueaba por el portón— me preguntó por la tortuga. Le respondí que se me había perdido. ¡Ah!, me dijo, Entonces será ésta que me encontré tumbada sobre la banqueta. Y me la puso en la mano. Grité

de alegría, bailé y perdí la voz cuando iba a darle las gracias, pero al fin supe abrazarlo y corrí a casa. ¡Madre, grité al entrar, mira lo que me dio don Pedro! Se parece a la tuya, me respondió. Es la misma, le dije. Bueno, siéntate, ya te voy a servir de cenar, ordenó.

Durante la cena, la tortuguita se paseaba muy oronda por la mesa hasta que Madre me dijo que ya era hora de dormir. Ya en la cama y arropado, la tortuga inmóvil sobre la almohada, me decía, Pobre de don Pedro, no lo hubiera azotado tan fuerte con el trapeador cuando fisgoneaba a la Cristina por la puerta del baño.

ENJAMBRE DE HISTORIAS

Un día nos dijo muy serio a la chamaquería que brotaba de la vecindad, Pásenle a mi cuarto que les voy a contar una historia. Fuimos en tropel. Como ya conocíamos la habitación, nos acostumbramos a la penumbra muy rápido. Cada quien buscó su lugar para acurrucarse y escuchar los chistes de don Pedro. Ya sabíamos que así pasábamos mejor el tiempo, risa tras risa, siempre carcajeándonos con las picardías que nos contaba. Pero ese día nos dijo, Quiero contarles mi vida. Yo lo veía muy triste en medio de esa oscuridad, porque doña Lupe no estaba en casa, ya que la tarde anterior habían peleado. Y como siempre, armaron su escándalo en la vecindad y la calle, por donde volaron las rocas.

Primero nos contó sus oficios: Fui soldado, albañil, diablero en la Merced, pepenador y esposo de doña Lupe. Apenas pronunció su nombre, calló, tal vez por su recuerdo, o nostalgia, o no sé qué. Lo cierto es que pasó un tiempo sin que nadie hiciera o dijera nada hasta que don Pedro levantó la barbilla para seguir con su historia: Viví mi infancia en un pueblo remoto de la sierra de Puebla, donde mis padres me criaron, pero a los doce años salí huyendo, pues no tenían para dar de comer a sus cinco hijos. Siendo el mayor, decidí ganarme el pan, así llegué a la Merced, donde no fue difícil emplearme como cargador. Con el tiempo me conseguí un diablito para ganar más dinero. Una noche de viernes, mientras tomaba unas cervezas con los cuates, un diablero intentó apuñalarme, pero yo le gané la jugada, y con el

puñal guardado en sus costillas, lo dejé tirado en el suelo. No volví ni a recoger el diablito por temor a sus hermanos. Para conseguir el pan, me enrolé en el ejército, donde sufrí más que en mi infancia, pero aprendí a pegar tabique, armar un colado y a meter la pala, aunque en la milicia se gana poco y se sufre más, máxime cuando el capitán quiere abusar por las noches de los rasos durante las campañas de la sierra, donde se quedó el cristiano por abusador. Abandoné esos parajes para volver a la ciudad, aquí me dediqué a la albañilería unos años, pero volví a encontrarme con otro abusivo que intentó robarme el salario, creyéndome fuereño. En este oficio un difunto también acompañó mis días. Ya casi viejo me dediqué a la pepena. Recojo en las calles, los baldíos y las barrancas cualquier cacharro de metal para venderlo. Pepenando fue como me encontré a doña Lupe, que me gritó, mientras levantaba una estufa arrumbada en un lote baldío, ¿Por qué se viste de zopilote? ¿Qué no tiene otras prendas? No supe qué decirle en ese momento pero, repuesto de la sorpresa, le contesté que guardaba luto por las vidas que debía. Antes de hacernos maridos, ya me había traído a su casa, y aquí sigo, esperando a que se le pase el enojo.

Apenas terminó la última palabra, Enojo, volvió a inclinar la cabeza, entornó sus ojos y calló. Después de un rato, salimos de su casa en silencio, aunque nos tropezábamos con los cacharros yacidos en la oscuridad, haciendo un ruido de trastes. A la luz del patio, nos pusimos a cuchichear, Se me hace que la doña ya se fue con otro; Yo creo que anda en La Violeta; Esa pulquería ya la cerraron, idiota.

No sé a qué hora regresaría doña Lupe, pero a la mañana siguiente ya se escuchaban ruidos de cocina, de donde salía un aroma de almuerzo picante y sus gritos, Ya siéntate a desayunar, que se están enfriando los chilaquiles.

CHALANERÍAS

Instalada en un cuarto de la vecindad había una sastrería, a cuyos sastres ayudaba en mis ratos libres o durante las vacaciones. Si necesitaban que les ensartara un hilo en la aguja, me gritaban. Los viernes, ya agotado su ron, me chiflaban para que fuera a comprarles una pachita, un medio o una botella de litro. A veces me ordenaban, Plancha el dobladillo de ese pantalón; Rocía la camisa; Cepilla la pelusa del saco antes de que llegue el cliente; Cose el botón de tu camisa. Por cada mandado me tiraban una moneda, que gastaba en la tienda comprando unos panecillos de chocolate. Para que no me viera mi hermano comiéndolos, me sentaba en un rincón de la vecindad. Ahí me quedaba hasta que lambía las migajas del celofán. Al otro día los sastres me pedían la misma ayuda, los mismos mandados. Hasta que llegué una tarde a la sastrería, donde otro chamaco ya se aplicaba barriendo el local. A mí nunca me habían puesto a barrer. Pregunté al sastre mayor, ¿Necesitan algo? No, ya lo hizo el Güero, me respondieron. Así lo llamaban, el Güero.

Hacia la tarde lo esperé frente al zaguán de la vecindad, donde le reclamé por el trabajo. A mí me lo ofrecieron, respondió. Pero como yo vivo ahí, entonces es mío, también le respondí en firme, Si mañana te veo en la sastrería, no sé cómo te vaya, le dije enojado. Y se fue caminando. Al día siguiente lo encontré otra vez barriendo, alzando los retazos de tela, limpiando los ceniceros. No esperé más y fui a la magueyera, donde doblegué la punta más afilada de

una penca. Esperé a que saliera. Ya anocheecía cuando vi su cara blanca silbando por la calle. Fui tras él y, justo cuando le enterraba la punta del maguey en la nalga, le grité, ¡Te lo dije!

A la mañana siguiente, volví a la sastrería, les pregunté a los sastres que si necesitaban algo de la tienda. No, hasta ahora no, me respondió el mayor mirándome a los ojos. Cuando salí a la calle, el sastre menor me comentó que la hermana del Güero —la esposa de él— les había chismeadó sobre la pelea. Hiciste bien, me dijo, dándome un manazo en la espalda. Antes de despedirse, me aclaró, Si mi cuñado te quiere quitar el trabajo, rómpele la madre. Luego se fue a zurcir otro pantalón. Y yo tras él.

CRISTINA EN SU SUEÑO

Corre por el patio de la vecindad. Entra a su casa pero no encuentra a nadie. Está sola. Sale al corredor pero ahí anda de nuevo el viejo, empuñando unas tijeras. Sigue corriendo hacia la calle, pero cuando llega al zaguán la puerta se estampa en su rostro. Cae al suelo. Se levanta para seguir corriendo, pero el viejo ya está detrás de ella, sosteniendo con la mano izquierda el oscuro río de su cabellera larga, rizada y negra. Grita. El viejo acaricia sus senos. Manotea para zafarse. Él ríe mientras coloca las tijeras en el cuello de Cristina. Se queda quieta. Una respiración olorosa a cigarro y un aliento de cañería ronda su cuello. Una mano áspera restriega debajo de su vestido mientras le musita ebriedades. Con un cabezazo ella se libera. Empuja y corre. Él mienta madres, aúlla dolores, amenaza. Entra de nuevo a su casa, se encierra en su habitación. Se tira en la cama. Musita. Lloro. Escucha azotarse la puerta de entrada. ¿¡Madre!?. Grita con el alivio de la esperanza. Silencio. El cerrojo se azota.

PADRE

Padre me enseñó la primera cara de la muerte. Era viernes. Él regresaba de otra noche de copas. Para despertarme me agitó, movió mi cama y me arrancó las cobijas para levantarme. Antes de abrir los ojos y entender qué pasaba ya me arrastraba hacia la calle. La noche andaba muy fría, no sé si por la escasa ropa puesta o por el viento que susurraba su aliento gélido. Caminamos hasta una calle cercana, la 16 de Septiembre, donde Padre al volver a casa se había topado con el cuerpo de un muchacho tirado sobre el asfalto. Unos vecinos lo rodeaban, preguntándose quién era, si lo conocían o era de otro barrio. Algún vecino bondadoso cubrió su cuerpo con una sábana. Cuando llegamos al sitio un hombre la levantaba para identificarlo, llorarlo o alegrarse de no tenerlo más entre los suyos. Padre me acercó hasta el cuerpo para decirme, Míralo bien, éste es el rostro de la muerte. En el vaho de su aliento identifiqué aromas de cigarrillo, cerveza, maldiciones y lodo de sarro.

Por el peso de su mano en mi hombro, me mantenía arrodillado, mi cara muy cerca del muchacho, por cuyo pecho borboteaba un líquido oscuro que transcurría por la superficie granulosa de la acera que, al llenar los orificios porosos del cemento, se inflaba en una minúscula burbuja. Éste es el rostro de la muerte, volvió a repetir Padre, mientras empujaba mi cabeza hasta el rostro del difunto. Míralo bien, que no se te olvide. De repente me soltó, aunque permanecí sentado mirando al señor que esperaba acucillado sobre

la banqueta, su mirada extraviada en la línea de horizonte que formaban el cuerpo yacente, el mío sentado y mi padre tambaleándose. Luego me dijo, Ya vámonos, y me tiró su chamarra. Entonces tenía siete años. Y de Padre no guardo más recuerdos que ése y otras desgracias.

Una vez le pregunté a Mamá Gabriela por él, pero nada me respondió, así que no seguí indagando por su esposo. Salvo la cara de aquel joven, tendido en la oscuridad de la noche, nada recuerdo de mi padre.

BREÑA CRISTINA AZADÓN

Antes de pasar a verla, merodeaba por su casa, por la ventana me asomaba o pegaba la oreja a la puerta, si escuchaba ruidos domésticos o la bronca voz de su padre, no me paraba enfrente de su casa y me seguía hacia la calle buscando a mis amigos.

Una sola vez vi al padre de Cristina, mientras dormitaba la mona por una cruda espantosa que llenaba con su vaho alcohólico la recámara. A su madre la encontraba muy seguido trasegando los pasillos de la vecindad cuando regresaba por las mañanas de la panadería, o por las tardes, de vuelta de su trabajo, cargando siempre un alijo de comida. Por Madre sabía que se aplicaba en la servidumbre en un barrio pomposo de la ciudad. Se llamaba, cómo se llamaba. No recuerdo su nombre ni el de su esposo.

Cuando ellos no estaban, tocaba quedito tres veces la puerta. Cristina me abría silenciosamente mientras llevaba su dedo índice a la boca. Entonces brotaban de su boca, a pesar del silencio solicitado, escandalosas carcajadas, sus ojos relucían mientras desmenuzábamos el día, mientras inclinaba su cuerpo hacia delante para lanzar su larga cabellera hacia la espalda de un solo trazo. Si tenía la certeza de que sus padres no volverían pronto, me dejaba quitarle la blusa, desabrocharle el sostén y embeberme entre sus pechos. Si no había risas desatadas ni tristeza en su rostro, si no se acostaba, entonces sólo platicábamos. Entonces me dedicaba a observar los trazos harto negrísimos de sus

cejas, la piel lisa de su abdomen y el vértice de sus piernas, para recordar por las noches el musgo negro que anidaba ahí y preguntarme antes de dormir para qué servía, si para la pipí, si para que no se le metieran las enfermedades o los bichos. Para qué, me preguntaba, tanto pasto negro en medio de esa grieta. Nunca me dejó que le tocara ahí, o cuando quería besar o espulgarle ese musgo, me gritaba, ¡Sácate, ¿estás loco?! Luego me corría de su casa. Cabizbajo regresaba a la mía para dormir. En mi sueño era un hombre diminuto que caminaba por esa breña pilosa con un azadón en mano para segar los más ásperos, altos y robustos cabellos pubescentes. Mientras tronchaba uno a uno, a la lejanía escuchaba la voz de Madre que me solicitaba levantarme para tomar el desayuno e irme a la escuela. Al instante aparecía Cristina, me tomaba del cuello, me levantaba y sacaba del musgo negro para depositarme en la cama.

SEGUNDA MUERTE

La segunda ocasión que vi un rostro de muerte fue cuando Mamá Gabriela me mandó a ver a don Pedro, pues hacía días que estaba enfermo, y de doña Lupe no sabíamos nada. Fui a su cuarto para hacerle tomar su medicamento. Como siempre la oscuridad tapizaba la habitación. Un aroma que no identifiqué en ese momento la impregnaba. Caminé entre los cachivaches que acumulaba, apartándolos para llegar a su cama. Me tropecé con un bote, o su bacini-ca o no sé qué, pero siguió callado, no me dijo nada, como era habitual en nuestras visitas, pues siempre me insultaba, ¡Chingada madre, qué no te fijas!, o gritaba, ¡Fíjate, menso!, pero ahora no, puro silencio de oscuridad. Me acerqué a su cama, Don Pedro, don Pedro, lo llamé mientras lo movía, pero seguía callado y muy quieto. ¿Ya se tomó su medicina?, volví a preguntarle, pero seguía callado e inmóvil. Me incliné sobre su cuerpo para verle la cara, pero no escuchaba su respiración, jadeos o inhalaciones entrecortadas que solía percibir cuando lo visitaba, y con tanta oscuridad apenas podía distinguir borrosamente su rostro. Me asusté por tanto silencio y salí corriendo para la casa. Cuando entré le dije a Mamá Gabriela, Don Pedro no me hace caso, no se mueve ni se escucha su respiración. Algo raro pasa en su cuarto, terminé de decirle. Ella me miró sorprendida y fue a verlo apresuradamente.

Más tarde llegó la ambulancia, solicitada por los vecinos. Unos enfermeros sacaron el cuerpo, pero la camilla

tropezó con un escalón. Fue como vi el rostro de la muerte: don Pedro, lívido, compungido por un dolor que lo atenazó hasta el final. Era una mueca que le desencajaba la quijada, los ojos desorbitados y la lengua de fuera. Sus brazos, manos y dedos parecían garras que se desplegaban para defenderse. Hubo velorio, entierro y novenario, pero no supimos ya más nada de doña Lupe.

AXOLOTLILAN

Para qué le damos chance si de todos modos se va a morir, preguntaba el Oso mientras sorbía otro trago de cerveza. Y se va a morir porque nos debe el piso. Nunca quiso pagar el cabrón viejo, según él porque ya nadie se paraba en su tienda, aunque veíamos que mañana, tarde o noche entraba o salía gente con sus bolsas. Así que mañana vamos por él, piso quiere, piso le vamos a dar. A las nueve nos vemos en su tienda.

Como era una orden, llegué a la tienda cinco minutos antes. Esperé con mi fierro entuzado a la espalda. El Oso llegó más tarde, crudo, desvelado y con unas líneas de coca ya sorbidas. Indicó que me tocaba de muro, mientras él entraba con el Chicles. Apenas entraron, se escucharon los fogonazos. Ahí debía quedarme hasta que salieran, atento a la tira o a la familia del ruco. Pero nadie salía, así que entré desobedeciendo al Oso, a quien encontré tirado junto al Chicles, borbotones de sangre escurriendo de sus cuerpos. El ruco me enfrentó, ¡Y tú qué!, me reclamó, Yo nomás pasaba y escuché los disparos, le dije. Pos tienes facha de ellos, así que si le vas a entrar, que truene, si no a chingar a su madre. Ni siquiera respingué y salí en caliente, no se le fuera a ocurrir a ese pinche viejo soltarme unos plomazos.

Cuando el Jorge se enteró, formamos la Aplanadora. Desde entonces plagiamos a las señoras que regresan de depositar a sus hijos en la escuela.

EL SECRETO

Por Mamá Gabriela sabíamos que el Jorge se dedicaba a ladroñar. En la vecindad su cuarto quedaba antes de la habitación de don Pedro. Por esta cercanía, pensaba, el Jorge siempre se alineaba con los niños del vecindario. No nos maltrataba en el patio, ni cuando se embriagaba en la calle y cuando lo intentó don Pedro salió para defendernos. A él lo obedecía y trataba con respeto.

Supimos su verdadero oficio cuando una mañana la policía entró a la vecindad por él, pistolas en mano, apuntando a quien se asomaba por las ventanas, pateando puertas y mentando madres. Lo sacaron a rastras, morado y sangrante de su jeta. Al día siguiente, los periodiqueros que voceaban por las calles lo anunciaban como secuestrador, su foto estampada en la hoja, con ropas distintas de cuando se lo llevaron. Los ojos inflamados por la santa madriza que le pusieron, así decía don Pedro cuando nos mostró las fotos estampadas en el periódico. Cuídense de ese cabrón, siguió diciéndonos, Cuando salga, será peor de lo que entró.

Mamá Gabriela después nos confió el secreto del Jorge. Así fue como nos enteramos de que era hijo de doña Lupe.

EL PASEO

La única vez que nos escapamos de la vecindad, Cristina y yo fuimos a Tacubaya, donde nos subimos al Metro sin pagar. Como no teníamos dinero sólo nos agachamos y, en cuclillas, rebasamos el torniquete. Así de sencillo. No sabíamos adónde ir, pues ni ella ni yo habíamos salido de casa ni paseado tan lejos, salvo el viaje a la playa cuando conocí el mar y una sorpresa de la muerte. Sólo nos subimos al vagón, que nos llevó por las estaciones del leoncito, la gaviota y no recuerdo cuál más, ¡ah sí!, por la de indios verdes, también pasamos. Y cuando ya era hora de volver, mientras transbordábamos, escuchamos a una mujer, Amaranta Caballero, que pregonaba su arte en medio del barullo y la pasadera de la gente. Leía un libro en voz alta, pero no recuerdo su título, aunque sí la historia, que recitaba con una voz ennortecida que nos encandiló en medio del pasillo. Nos detuvimos a escucharla:

PENELOPEANA

Ese Ulises, ¿creía el inocente que cada vez que se embarcaba me iba a quedar así, sola y sin atrevimientos, sin que nadie pastara entre mis humedales? Si lo vi, cuántas veces, retozando con las nínfulas en las tibias alcobas de palacio. ¿Habría pensado que me sentaba en la baranda, apurando el ocaso mientras tejía? Naturalmente, a mí también me acompañaba

al despertar un mancebo de barba florida, quien durante las tardes ramoneaba el tiempo en el vértice de mis muslos y por las noches sin luna figoneaba por mis oquedades. Ay, Ulises, yo nomás penelopeaba mientras plañía tu ausencia.

Al terminar de recitar la lectura, una avalancha de gente la arrastró entre su algarabía. Mientras el tumulto se la llevaba, decidimos volver a la vecindad. Después de que llegamos, escuché los gritos de Cristina y, durante la madrugada, sus sollozos por la paliza que le arregló su madre por salirse a la calle sin avisar. En mi caso, Madre me dijo, Nomás que llegue tu Padre ya verás qué madriza te va a arrimar cuando le cuente que te fugaste con la Cristina. Y sí, me dio una que hasta el palo de la escoba se rompió, pero eso no bastó, dijo que no era suficiente, luego se quitó el cinturón y me lo dejó tan pirograbado en las nalgas que no pude sentarme en el pupitre de mi escuela sin sentir ardor por unos días interminables.

REFRIEGAS DEL PAN

Estaba a punto de envejecer el día. La mañana y la tarde las habíamos colmado mientras jugábamos al fútbol en la calle, donde las banquetas trazaban las líneas paralelas que marcaban los límites de la cancha, y dos piedras en cada extremo, separadas por tres grandes zancadas, instauraban nuestras porterías, distantes entre sí como por cinco tendedores de ropa. En el transcurrir del día, también habíamos jugado a las canicas, perdidas unas y recuperadas otras, pero nos hartamos de pelear por ellas. La luz de la tarde se marchitaba y nosotros seguíamos tirados sobre la banqueta por el sopor, el cansancio y el hartazgo. Entonces anocheció. Las lámparas del alumbrado se encendieron enseguida. Hubo silencio. Callamos mientras yacíamos derrengados sobre el cemento tibio. Pronto regresaríamos a nuestras casas, llamados por los gritos de Madre, ¡A ver a qué hora regresas, cabrón! ¿Ya tendiste tu cama? ¿Pronto llegará tu papá?, por las hermanas, ¿A qué hora te metes?, o volvíamos por nuestro propio impulso, agotados ya por las refriegas del día.

En el silencio, la noche tibia y el hastío cansino, yo grité cuando la luz se fue repentinamente de las casas y las calles, ¡Vamos a la panadería! ¡Todos por un pan! Una parvada agreste salió disparada hacia la esquina donde se encontraba el negocio del señor Domingo. Llegamos como una ráfaga, rapiñando cuanto pan encontramos en medio de la oscuridad de la panadería, ya de por sí penumbrosa a media

mañana. Cuando entramos, el señor Domingo apenas alistaba las veladoras para iluminar su negocio.

Yo me guardé entre la playera una concha, un cuernito, una rebanada de pastel y un triste pambazo, que a la hora de la cena me supo a bendiciones. Aunque mallugada, la rebanada de pastel la guardé para Cristina, pero me la rechazó cuando le platicué sobre la turbamulta que me acompañó a saquear la panadería. Dije verdad cuando le confesé que fui yo quien alentó a esos pinches chamacos a saquear la panadería. Apenas me dio tiempo de rezongarle que todo fue sólo por hambre, o cansancio, o por hastío, ya no me acuerdo, pero no me dejó explicarle más, pues me sacó a empujones de su casa.

DUELO

Entonces Odiseo les dijo: Sirenas, mi voz no se apaga ni mi garganta se agosta por estas tesituras de soprano. Derrengadas y afónicas, la pléyade de sirenas que lo retó a un duelo coral arrojó la lira. Más tarde, el Capitán festejaba su triunfo con un desafinado *Do* de pecho.

DECLARACIÓN

Quería apretarle el cuello con mis manos, pero cuando olvidó la pistola sobre la silla, aproveché el instante para cocerlo con cinco balas. Ni grité ni me tembló la mano.

EL RETORNO

Ya vuelto a la patria nativa, para colmar la ausencia de Ulises, el bardo de sus encantos juveniles, la sirena se consuela escuchando una sinfonola.

LARES SIN MAR

Cariño,

También me dio harto gusto saber de ti. Cuando abandoné el seminario, me sorprendió enterarme de que te lanzaste a Cancún para buscar la vida. Sólo espero que te cuides y que recuerdes que por estos lares sin mar abandonaste a un hombre que te adora y desea, que renunció a sus creencias por ese mar de la dicha que yace entre tus muslos. Protégete. Cuídate de caer entre los ardores del infierno. Disfruta del paraíso. No estaría de más, mientras sigas allá, que te asolearas el tatuaje que llevas estampado entre la fuente de tus senos, también ventila el arete de luna que pende de tu ombligo y, si la cresta de las olas te lo permite, dale un baño de asiento a esa rebanada de sandía en la mar salada.

CAZA FURTIVA

Querido, leí tu carta. Y respondo a tus inquietudes. Me falta dinero para pagar el triste cuarto que habito, donde duermo sobre un viejo y pulgoso colchón. A veces dejo de comer para ahorrar y poder pagar las cuentas, que son hartas.

Llegué al paraíso, como tú lo llamas, con dos amigas. Una ya se regresó a Axolotitlan. Pobre, no aguantó la ausencia de su familia, la carencia de trabajo y el acoso de los hombres que zopilotean por la playa, la Quinta Avenida y las casas de huéspedes.

Ahora me acompaña Daniela, que ya consiguió trabajo, por lo que compartimos gastos luego de que aceptó trabajar en una zapatería del puerto. Sólo así pudimos capotear la caza furtiva de los hombres solos, las andanzas de los narcos y al tratante de blancas que nos perseguía a la salida del trabajo. Aquí encuentran la fuente de ingresos las mujeres que corren hasta acá para hacer la vida, unirse al desmadre loco o alejarse de los amores marchitos. Como entenderás, en el paraíso hay sobradas tentaciones al calce de los corazones.

Te dejo, pero te escribo más luego.

VESTIDA DE PLAYA

Querida,

Si vuelves a estas tierras en septiembre, ordena el viaje para que sea en torno del 10, pues tal día es mi cumpleaños. Mi regalo serás tú, vestida de playa para que no sea tan arduo humedecer tus poros asoleados, menos aun barruntar el salitre adosado al arete que pende de tu ombligo y, sobre todo, oler la mar en tu rebanada de sandía. Si entallas tu vestido será mejor, pues así podré hurgar entre la humedad de tus simas.

Recibí tus besos. Otros de vuelta.

SEÑORA DEL AGUA

Después de comprar los mariscos en el Mercado de la Viga, caminé hacia el estacionamiento, ya que la bolsa con los chiles, el arroz y los chícharos no pesaba. Antes de llegar adonde había dejado mi taxi, una muchacha olorosa a ciénaga me preguntó si quería darle un aventón a su casa. Sopesé la solicitud antes de contestarle, pues llevaba la cartera con mi sueldo y ella no llevaba nada entre sus manos, ni siquiera el mandado de las compras, que uno supone debe llevar en ese lugar, pues a eso va uno. Fui a ese mercado por los ingredientes necesarios para preparar el guiso predilecto de mis antiguos colegas del seminario: chiles rellenos de mariscos, circundados por una montañita de arroz blanco salpicada de chícharos.

Como ya no había más que pensar, le dije que se subiera. El olor a manglar seguía acompañándonos, aunque no le hice caso por el sitio en que me encontraba, un mercado inmenso que oferta productos marinos y, por lo demás, no aseaba muy seguido el vochito por lo que a veces olía a establo, otras a mingitorio y unas más a escupidera de cantina vieja, eso me habían dicho ciertos pasajeros, los más majaderos. Saliendo del estacionamiento le pregunté dónde vivía, En cualquier lado, me contestó, Cómo, le respondí, Sí, yo me bajo donde tú me indiques, volvió a decirme. Aunque la sorpresa fue demasiada, entreveía sus caderas, las cimas de su busto, el cuello desnudo. Una falda larga y amplísima ocultaba sus piernas, que me imaginaba carnosas pues se untaban al tejido.

Mientras se calentaba el motor del vocho, de mi siempre querido taxi, previo quejumbroso ronroneo, me atreví a invitarla a la casa, ya que tenía tiempo antes de que llegaran mis invitados a la comida. Muy bien, respondió, pero te adelanto que soy una señora del agua y pertenezco a ella, Una qué, le pregunté sorprendido, ¡Señora del agua!, repitió en un grito contenido, pero no te preocupes, cuando lleguemos te explico. No dije nada más y seguí manejando, ya sin ronroneos ni quejidos mecánicos, pues sus cimas —piernas, cadera, senos y cuello— ondulaban en mi horizonte vespertino, ¡qué mejor pretexto para no salir con el taxi durante la noche para solventar la cuenta!

El olor a marisma seguía impregnando el taxi cuando llegamos a la casa. Me estacioné por ahí, cargamos las viandas y la invité a pasar. Mientras llevaba los alimentos a la cocina la convidé a que se instalara cómodamente. Aventé los comestibles sobre la barra y regresé con ella. Entonces la interrogué, ¿Qué significa eso de “Señora del agua”? Ahora vas a ver, respondió mientras se plegaba la falda hasta la rodilla. ¡Santo Dios!, grité sorprendido al ver, más que unos muslos, una larga cauda colmada de escamas, viscosa y tornasolada. Puedes tocarla, me invitó. Enseguida quiso desabrocharse la falda pero el botón se quedó atorado en el ojal, por lo que me pidió ayuda, ¡Quítame esta chingadera! Más que solícito, impresionado por su parlamento de verdulera, circundé obedientemente su espalda, lo desatoré y la falda cayó entre sus pliegues. Pude mirar entonces unas nalgas prominentes que me alteraron el resoplido. Bruscamente me jaló los brazos, fue así como quedé adherido a su fría espalda. Al instante me di cuenta de que los olores pútridos de marisma o de manglar emanaban de ella, de su cuerpo abisal. Nada me importó, acerqué mi boca a su cuello, ella ladeó su cabeza a la izquierda para que pudiera juguetear con su nuca, donde seguí olisqueándola. Entretanto, ella restregaba marinamente sus pomposas nalgas en mi bragueta.

Luego, sin ningún pretexto, se dio la vuelta para empujarme. Perentoriamente se dirigió a la recámara, donde se despojó de la blusa antes de recostarse en la cama. Desde allí me llamó, Ven, súbete, si quieres que sea tuya, tienes que ayudarme a espatular las escamas que enfundan mis muslos. Y levantaba su tronco caudal, la muy ladina. Me subí sin pensarlo y empecé a besarla en el cuenco de su busto con avaricia, pero ella empujaba mi cabeza hacia el vértice de sus ancas, claro que yo cedía, no me importaba beber en ese cenagal, mas ella no quería besos ahí, sino más abajo, entre sus aletas.

Cuando llegaron mis invitados, tocaron el timbre, pero no atendí su llamado pues seguí desprendiendo con la lengua, los labios y la barbilla las escamas que tapizaban su cauda. Por cada desprendimiento, ella entornaba los ojos, susurraba en una lengua ultramarina y se agitaba como se convulsiona un pez fuera del agua. El anhelo de unas piernas luengas y pilosas fue su perdición; un placer terrenal fue mi ganancia.

Como ese oficio de la descamada es un trabajo de nunca acabar, por las noches ella es mía, sólo entonces la poseo como la sapiencia humana ha consagrado. Al amanecer me entrego ladinamente a sus requerimientos, aunque previamente me adoquino la nariz con unos filtros de cigarro. Eso sí, ahora guardo la lengua para otros días, cuando desprendo las escamas adheridas a su trasero. Ella nomás lo consiente con un espasmo eléctrico que sacude su humanidad en ciernes. Ya le pregunté qué hará cuando termine de descamarla, pero me da largas, Tú sígueme, me ordena, ya veremos qué otro trabajo se me ofrece.

LINO

Vivíamos en una calle levemente inclinada, apenas asfaltada. Donde empezaba la bajada ahí terminaba el asfalto, entonces brotaba el pedregal, el polvo y la basura. En nuestra parte jugábamos al fútbol, las canicas, el trompo, las guerras con ligas, al tacón, a veces beisbol, raras veces americano y siempre fútbol, a cada tarde. Y en cierta parte del año, al bolillo. La calle se llama Lino, aún existe, pero ya no paso por ahí por el miedo de que me asalten sus nuevos vecinos. Nadie me conoce ni nadie se acuerda de mí.

Jugar fútbol y a las guerras con ligas era lo que más me gustaba. Mañana-tarde-noche me veían con la pelota, incluso me divertía solo, pues practicaba dominadas, chaffles, burladas, tacón, chilena, cañón y afinaba la puntería chutando la pelota contra la pared, usando empeine, punta, talón y las partes externa e interna del pie. De cabeza nunca anoté, pues difícilmente trabajaba las cabeceadas en su forma de remate o pase de balón. Sí, en cambio, sabía matar de a pechito un pase o domeñaba la pelota con la planta del pie. Más hábiles que yo había demasiados entre mis cuates, incluso uno zurdo, el Hugo, pero quien anotaba el gol era siempre yo. Invariablemente ganaba mi equipo, por tantos míos o anotados por mis jugadores, digo míos porque yo los capitaneaba. Cumplían mis órdenes y atendían los pases a gol que les disponía. Si no lo anotaban, iba contra ellos a reclamarles o a patearles las nalgas por costa de su error. Cada vez que anotaban iba con ellos a felicitarlos, o

les aplaudía, o les gritaba, Muy bien, ¡Eso es todo!, y si andaban lejos de mí, repartidos en la cancha que habíamos acordonado sobre la calle y la banquetta, señaladas las porterías con pedazos de tabique, piedras, botes o nuestros suéteres hechos madeja, volvía a gritarles, ¡Chingón! La planicie entre cada portería distaba unos cinco mecates para tender la ropa. La separación entre poste y poste de la portería era de unos cinco pasos grandes. La suficiente para un paradón de nuestro portero o para un cañonazo al ángulo. Burlar o anotar nunca fue nuestro problema; aceptar la derrota, sí, pues nos hacía llorar, rabiar o pelear entre nosotros.

La guerra con ligas encierra otro episodio en la historia de mis amigos, habitantes de la calle de Lino, colonia Palmas.

LA LIGA

Fuimos al día siguiente. Cuando nos enteramos por los gritos del voceador que en una casa de El Capulín sucedió un tiroteo entre gendarmes y ladrones, eso bramaba el periodiquero mientras recorría la calle por la mañana.

Al llegar a la casa del tiroteo, encontramos patrullas, soldados y peatones que curioseaban como nosotros. La fachada soportaba demasiados agujeros, descarapeladas sus ventanas, sin puerta y madejas de sangre en la banqueta. Todavía recogimos casquillos, que unos guardaron para hacerse un collar. Yo lo añadí al llavero de mi casa.

Detrás de nosotros, un vecino cuchicheaba que no eran ladrones ni asaltabancos a quienes habían acribillado en la casa, sino milicianos de la Liga 23 de Septiembre. Entonces no sabía nada, ni comprendí gran cosa. Apenas logré recordar que ahí vivía Tania, mi compañera en los cursos de la primaria, cuya mamá, lo recuerdo muy bien, siempre miraba con atención a cada uno de nosotros, contemplaba a las mamás que se apiñaban a la salida de las clases y al ocasional padre que llegaba a recoger a su hijo.

Luego vi en otro diario la foto de Tania, la madre —llevaban el mismo nombre— en una lista de más buscados por la policía, acusados de asaltar bancos y pertenecer a la Liga.

Nada decía de mi amiga Tania, aunque una certidumbre me invadió entonces: seguirá corriendo, gritando y brincando por otro patio escolar.

CRIMINALES



MIGUEL ÁNGEL SÁNCHEZ
DE "EL JEAN"



DAVID JIMÉNEZ LOMBARDI
DE "TONY"



MARIO ENRIQUE VELÁZQUEZ
DE "SANTINO & SU ALIBÍ"



LUIS MIGUEL CORRAL GARCÍA
DE "EL PELO BLANCO & FERRARI"



ENRIQUE GUILLOTÍN PÉREZ MORA
DE "TIGRETA"



LEANDRO TORRES DE ALMEYDA
DE "TONY"



MIGUEL TORANZO BARAHONA
DE "MAMA & EL GARCÍ"



FRANCISCO ALONSO PÉREZ REYÓN
DE "TONY"



ABEL SALAZAR MARTÍNEZ
DE "TONY"



ARMANDO CASTELLANI MORALES
DE "EL LEÓN"



ALFONSO SÁNCHEZ MICHEL
DE "MAMA & GARCÍA"



LEOPOLDO ARELLANO LÓPEZ
DE "TONY"



JOSÉ BENIGNO CERVANTES TAVERA
DE "TAVO & EL GARCÍ"



RICARDO DÍAZ RUIZ
DE "EL S. SANCHEZ & RICARDO"



FRANCISCO MELGAREJO ESPINOSA
DE "EL PLAZO"



JOSÉ ABEL GARCÍA MARTÍNEZ
DE "EL TONY"



EVELYN LETELIER ALMEYDA DE HUEL
DE "MAMA & LA GARCÍA"



CONSUELO GALIA GARCÍA MORA
DE "TONY"



PETRA CARACCI ROSALADO
DE "TONY"



BLANCA ESTELA CERVANTES TAVERA
DE "TONY"



MIGUEL ÁNGEL BARRERA GARCÍA
DE "EL PELO BLANCO"



NO. ROSALINDA MARCELINA ANDRADE
VELAZQUEZ DE "MAMA"



MARÍA ESTELA RIQUELME ZAVALA
DE "TONY"



MARIO ALONSO CARTESENA LÓPEZ
DE "EL GARCÍA"

OBSERVACIONES

Pertencen a la llamada "Liga Comunista 23 de Septiembre" pero son delincuentes comunes, autores de asesinatos, secuestros y asaltos. Hacen una vida aparentemente normal; pueden ser tus vecinos.

¡DENUNCIANOS!

SILLA VENTANA MARCO

No vi los cuerpos pero sí la sangre salpicada en las paredes, arrastrada por los pasillos, coagulada en la recámara. No quise decírselo a Tania aquella vez que nos citamos en la universidad, aunque me burbujeaba en la punta de la lengua, mas no sé qué me contuvo, si su cuerpo radiante o su mirada atenta al silencio que yo conservaba mientras me platicaba el asalto a su casa. Más desgracias ya no podía vivir ella, me recriminaba en mis adentros, tampoco le confesé el desastre en que dejaron su habitación.

Días después del asalto, uno de los sastres me mandó por una botella de brandy. Como la vinatería estaba a unas calles de la casa de Tania, al volver de la compra entreví que no había nadie que la vigilara. Temerosamente me acerqué, ya que la puerta había desaparecido, entré al patio con tanto miedo que sentía orinarme en los pantalones, recorrí las estancias, la botella aprisionada bajo mi hombro, fue entonces que vi los lunares de sangre. Y un desastre doméstico: casquillos, hoyos en las paredes, pedacería de cristales, sillas sin patas, cortinas huérfanas de ventana, fotos mutiladas sin sus marcos.

Salí con miedo a la calle, desde ahí corrí hasta llegar con el sastre para entregarle su encargo, que aventé sobre su mesa de trabajo, sin atender la reprimenda hostil que me lanzaba por haberme tardado tanto ni a esperar la propina que siempre me dispensaba. Luego volví a correr para regresar a mi casa, donde al entrar me arrojé a la cama para cobijarme entre sus mantas.

Por años le di la vuelta a esa calle para no recordar aquellos borbotones de sangre, el caos vuelto doméstico ni ese olor a pólvora.

CUATRO CONEJO CINCO CANICA

¡No grite! Paqué lo hace. Aquí nadie la va a escuchar. Qué no ve que estamos en medio de un llano. Su marido no ha respondido a nuestro requerimiento, así que póngase cómoda, colabore o le van a dar otra patiza. Se me hace que el güey de su marido ya no la quiere, con tanto dinero ya era hora de que lo llevara ahí donde le dijeron, Que dónde, me pregunta dónde acordaron que lo llevara, al Cerro del Conejo, camino a Chalmita. Pero se hace el menso. Pretextos no le faltan, que no tiene los pesos, que ya dio aviso a la policía, que es demasiado el rescate, ¡Uta madre! Cuánto pretexto, por eso le digo que ya no la quiere. Ya verá si los hace enojar, entonces conocerá el dolor de su sangre. Los viejos mandaban orejas, pulgares, manos. El Jorge la va a grabar mientras la entuba, luego le va a mandar el video a su marido. Ya verá qué bonito se dobla. Prepárese y acomídase al Señor, que los de la Aplanadora no la dejarán ir por menos. Como aquí no habitan viejas, a usted se la cenarán los muchachos, luego la filmarán. A usted le consta que son una recua de bestias. Sus botas, hebillas y anillos se marcaron en su cuerpo, siente esas heridas, ¿verdad? Rece paque pronto afloje su viejo. Hay de usted si no lo hace. Así me gusta que esté, quieta y callada. Y así se mantendrá cuando yo decida merendármela. Ya anda anocheciendo, los de la Aplanadora pronto llegarán y querrán su cena, pero el bizcocho ya me lo habré devorado.

MENDRUGOS EN LA OSCURIDAD

Me apretó tan fuerte la cinta que nada veo y apenas alcanzo a escuchar un sonido por el dolor que me causa el trapo anudado en la cabeza. El zumbido que recorre mi cuerpo aplaca cualquier ruido exterior. Nada veo y apenas oigo. Para orientarme me valgo de mis manos extendidas. Ya no me levanto porque pierdo el equilibrio, me caigo repentinamente y azoto contra el suelo. Sé que se trata del suelo por el sonido apagado que produce mi cuerpo en cuanto caigo. A veces me suelta las manos, o me las amarra por delante, el hombre que me cuida, Tiéndelas pacá, ordena, entonces me levanto con la seguridad de que me guían en este llano de oscuridad. Por el tiempo transcurrido, creo que fue ayer cuando ese hombre me las soltó, las dos libres. Mientras él caminaba a mi alrededor acusaba a mi marido de ya no quererme porque se tardaba en pagar el rescate. Hará caso cuando le llegue el video, farfullaba, y su viejo se arrepentirá. Cuando el hombre se fue, olvidó amarrarme al aro que tiene incrustado a la pared, enseguida me levanté para tentear alrededor del sitio, pero tropecé con un bulto, eso creí en el momento por su blandura, pero soltó ayees de dolor. Supe de inmediato que no estaba sola, había otros cautivos conmigo por el leve sonido de los cuerpos recogándose o arrastrándose en un rincón de la oscuridad. Callé mi sorpresa y me senté donde pude. Con alguien podré hablar cuando se descuide, me repetía para alimentar la esperanza, pero el hombre volvió tiempo después para

aventarme un pedazo de pan, que cayó en el cuenco de mis piernas cruzadas, mientras vociferaba, Cómalo porque yo a usted me la ceno.

TANIA

Encontré a Tania años después en los jardines de la universidad. Caminaba por uno de los andadores cuando sentí que me tocaban el hombro. Volteé y miré a una muchacha de piel blanca, su rostro salpicado de pecas, estatura media tallada por una disciplina deportiva. Hola, me dijo, ya sé que no me reconoces, soy Tania, tu compañera de la primaria. La miré fijamente, pero no la reconocía, aunque eso no importaba pues contemplaba anonadado sus contornos, rocío de pecas y su mirada penetrante. Lentamente fui reconociéndola. Ah, sí, le dije, eres la niña que desapareció cuando los policías balacearon tu casa. Sí, soy ella, me respondió, pero ése es un secreto que nadie conoce, te ruego que no lo comentes a nadie. Después del reconocimiento, acordamos vernos otro día, pues ambos teníamos exámenes en ciernes. Al despedirnos, me dio un abrazo y yo le di un beso en la mejilla.

Días después llegué a la cita, a las cinco de la tarde en la jardinera exterior de su facultad, donde enseñaba medicina del trabajo. Llegó puntual vestida con su docta bata, estetoscopio balanceado al cuello. Entre el tumulto de nuestra conversación, me comentó que ya no llevaba los apellidos paternos, pero conservaba su nombre de bautizo. Por una razón simple: sus padres habían desaparecido el día de la balacera. Su madre la encargó con una vecina antes del enfrentamiento, así fue como salvó la vida, más tarde fue entregada a sus abuelos maternos, de ellos adoptó los apellidos.

Como sólo conocía nebulosas de esa historia, le pregunté sobre la balacera. Dijo que ella estaba en su habitación cuando escuchó que con un magnavoz la policía llamaba a sus padres desde la calle, pidiéndoles que se rindieran, que si salían con las manos en alto nada pasaría, que prometían entregarlos a la ley para que fuesen enjuiciados. En respuesta, la madre de Tania abrió el portón y miró ambas esquinas de la calle, así se dio cuenta de la emboscada, entonces corrió a su cuarto, tomó su arma y se apostó en la ventana del segundo piso, desde donde le gritaba a su esposo dónde estaban las patrullas, los soldados y los gendarmes. Tania apenas recuerda cuando su mamá la llevaba en brazos por un pasillo a la casa de la vecina, a quien le rogó que la entregara a su familia. Cuando la señora aceptó, regresó corriendo para apoyar a su marido en la refriega. De ese día no recuerda más que gritos, zumbidos, ruido de cristales y sirenas.

Cuando terminó la batalla, ella supone, los policías entraron a la casa para llevarse prisioneros a sus padres, pero no sabe dónde sepultaron los cuerpos o si se salvaron. Ella cree que siguen vivos, pues conserva un recorte de periódico donde aparecen sus rostros en una lista de buscados por el ministerio de justicia, sospechosos de pertenecer a una banda armada, asaltantes de bancos y secuestro de empresarios. Me extendió la plana del diario para que yo la mirara. Sí, era el rostro de Tania, el mismo rostro de mi amiga de la primaria, su mirada de nostalgia, cara redonda y labios carnosos. Madre e hija tenían las mismas facciones.

Para no llamar la atención, vivía casi en secreto, me solicitó antes de despedirnos, que no los buscara ni preguntara por sus padres. Ella cree que corre peligro, un peligro de muerte. Ya no los llora, se olvida de su ausencia cuando trata de curar a los pobladores de las colonias marginales, como las nuestras de la infancia, Lino y Capulín, donde sucedió la balacera.

CÁÑAMO

A Cáñamo íbamos a pelear nuestras guerritas armados con ligas, parque —en realidad, cáscaras de naranja— y, escondido entre la ropa, un puñado de grapas, que en lugar de la cáscara recetábamos a los más ojetes de Cáñamo, la calle de nuestros enemigos. Antes de llegar ahí, cada uno robaba de su casa suficientes naranjas para pelar, dos o tres, cuyas cáscaras luego de comidas sus carnosidades, cortábamos en pedazos informes pero procurando un rectángulo hasta llenar las bolsas de la camisa y el pantalón. Así equipados, con liga y parque, caminábamos hacia esa calle, a buscar pelea. Al llegar ya nos esperaban otros chamacos igual de equipados, pero nosotros éramos más bravos, montoneros y escandalosos, así que apenas los veíamos, corríamos tras ellos, zumbándoles por su rostro y espalda nuestros tiros de naranja. Como se escondían entre los zaguanes de sus casas, nosotros nos apostábamos en los coches para esperarlos a que salieran por el mandado de la madre, a las tortillas a la hora de la comida o cuando iban por las caguamas del hermano cuando se le terminaban.

Mientras salían, sacrificábamos las horas tediosas de las vacaciones al sol del mediodía, que al mallugar nuestras cabezas también convocaba al bostezo por el calor. Nada se movía en esos momentos bajo la plenitud de su rayo. Ningún grito doméstico salía de las bocas de las desafortunadas madres preguntando por sus hijos hasta que la batalla comenzaba. Al instante se desataban los ligazos, apuntados

a la cara, el pecho, la mano; otros tiros pasaban zumbando la cabeza, pero en eso consistía el combate: aguantar el golpe macizo en el rostro, el ardor de la cáscara estampada en el ojo; reservar el grito por la grapa encarnada en el antebrazo.

Si aguantábamos esos dolores —decíamos entre nosotros en esos días de trompadas—, las nalgadas, los escobazos y los cinturonzos de la abuela sonaban a palmada. Así buscábamos consuelo.

Aunque ningún golpe se resistía como los de Madre, ni sus cachetadas, ni sus azotes en las nalgas o el puñetazo en la jeta. No, apenas éstos los soportaba mientras corría por el patio a esconderme detrás del tinaco para llorar a solas.

EL PATIO

Me encabronaba cuando Madre me obligaba a barrer el patio, decía que debía aprender la vida doméstica para cuando estuviera grande, pues las mujeres ya no sabían planchar, ni zurcir ni mucho menos cocinar, Así que más te vale aprender desde ahora las rutinas del hogar por si te toca una de éstas, decía mientras me arrimaba la escoba.

Empezaba por aquí, me iba para allá sin concierto ni tino en ese compungido arte de arrimar la basura hacia el recogedor. Como era muy aburrido, me había acostumbrado a imaginar travesuras mientras movía la escoba sin estilo, don o afán de limpieza. Primero las imaginaba, luego las practicaba en la escuela, la calle o mi casa. Unas fueron heroicas; otras viles.

El otro día, cuando se fue la luz en la calle, fui yo quien gritó que corriéramos a la panadería para robarnos los bizcochos. Puse en práctica otras más, como romper la taza del sanitario de la escuela con una caguama agitada mil veces; o bien, aflojar los focos del salón de clase para que nos mandaran a casa antes de horario; cortar puntas de maguey para ensartárselas a los amigos en una nalga; arrebatarse el almuerzo a las niñas. Fueron tantas las pillerías y todas puestas en práctica por mí o los amigos que me acompañaban mañana y tarde, que ya no sabía qué más hacer. Hasta que de nueva cuenta Madre me obligó otra vez a barrer, en éstas andaba cuando un hilito de luz apareció entre el polvo, las cáscaras de naranja, el confeti y las

colillas arrumbadas en los rincones. Así imaginé la azotea, el ladrillo, la ocasión y el recipiente. Se lo comenté al Jorge, Será un gran putazo, va a correr sangre, pero hagámoslo, dijo cuando terminé de contarle la hazaña. Y reímos al mismo tiempo batiendo las palmas.

Cuando inició la fiesta en la vecindad, ya habíamos subido a la azotea los ladrillos, esperábamos la noche y a que llegara el novio de Cristina, que se las daba de muy, muy valiente. Cuando pasaba junto a nosotros, despatarrados en la banqueta, nos miraba de reojo y nunca nos saludaba. A nadie le agradaba, nadie lo quería ver por allá, paseando por nuestra calle y rondando a la novia, incluso al papá de Cristina lo llegué a escuchar en la tienda, mientras tomaba sus caguamas, Ese cabrón no me gusta pamija. A mí tampoco, le respondía en silencio, pues llegaba a soñar con ella, arrumacados en el sillón de su casa. Nunca comenté mis sueños al Jorge ni a la Cristina, bendita madriza me hubieran estampado los dos.

Así que me fui al patio, a sentarme para ver cómo bailaban los señores y mis cuates, que ya se atrevían a pedir un baile a la vecina. No hay para cuándo, me dijo el Jorge agitado, después de terminar su primera práctica de salsa, Nomás que llegue y, cuando anochezca, subimos a la azotea, le dije mientras seguíamos practicando con estilo rumboso.

La ocasión llegó cuando apareció el novio bañado, perfumado y bien peinado. Subimos a la azotea y nos preparamos. Nada más esperábamos a que se acercara la pareja, que danzaba una cumbia, luego tocaron una salsa, Cuando lleguen al quicio de la azotea le soltamos el tabique, tú me avisas, le dije al Jorge, Yastás, respondió. Me dio un codazo cuando estaban a tiro, cargué un ladrillo, lo puse sobre la barda y mientras se acercaban los bailarines lo sopesaba, Tremendo putazo que se va a llevar, decía para mí, cuando el Jorge me lo arrebató, Qué vas a hacer, pendejo, no ves que pronto se van a casar porque Cristina ya se quedó embarazada.

Pelemos los dos por el tabique, pero la azotea nos quedó chica durante el zafarrancho. Cuando caímos se apagó la música y los invitados fueron a socorrernos.

Yo me rompí una pierna; el Jorge la muñeca. Ya no nos hablamos, pero sigo soñando con los arrumacos de Cristina, hasta que me despierta Madre para que siga barriendo las escaleras.

ESCOBA DE NUBES

Más me emputa lavar los trastes que barrer. La escoba sí la agarro con aprecio, digamos que con un cariño reposado, pero eso de lavar los trastes cuando Madre está enferma sí que me enoja, pues los aviento, se quiebran mientras los enjuago, o los tallo mal, tan mal que luego me los regresan para que los lleve al fregadero a quitarles la nata, el asiento de migajas o la huella de un labial. En cambio, barrer siempre ha sido un placer callado, pues en ese momento se me ocurren las más alocadas travesuras, pillerías e imaginaciones desatadas —creo que eso ya se los comenté.

Ayer, mientras barría el patio, se me atravesaron varias ideas, una tras otra como una nube, cuando arrastraba la escoba de allá para acá, aunque el polvo siempre regresaba a su sitio, pero no la hojarasca, las colillas de don Pedro, o la cáscara de las naranjas que pelamos ayer antes de salir a la batalla campal. Primero se me ocurrió vigilar a la maestra cuando se besa con el conserje; inmediatamente después, llegó a mi cabeza la ocurrencia de no devolver la morralla a los sastres cuando me encomiendan ir a la vinatería, pero la deseché porque ya no me tomarían como chalán. La siguiente idea sí la conservo. Ahora la estoy preparando. Voy a espiar a la Cristina cuando se baña. La grieta en la puerta de madera sigue sin tapiar, la revisé mientras iba a recoger la basura, que esparcí a la entrada del baño, aunque creo que ahora está más ancha la rajadura. Aquel viejo cochino seguramente rascó entre los maderos para ampliarla, aunque a

mí qué me importan sus contornos, yo nomás quiero verla antes de que se case.

Mañana, cuando entre a bañarse, me acercaré al ritmo páusico de la escoba, con el recogedor en la mano y hartas ganas de verla remojarse. Quién quita y me da una enjabonada.

ARQUEOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA

Con Abuela me sentaba en un madero rústico durante las vacaciones escolares. Todas las mañanas, hasta que terminaba el programa matutino de la radio, ahí permanecía con ella para escucharlo. Apenas si nos movíamos mientras duraba la transmisión, que hablaba de un héroe, su compinche y muchas hazañas que debían transitar durante media hora para conquistar a una dama, resolver un dilema o vencer a unos villanos con sus poderes mágicos, fuerza o astucia. Al final de sus conquistas, venía una musiquilla que anunciaba el final del programa, entonces Abuela me ordenaba que la ayudara a levantarse, esforzadamente la apoyaba, mis piernas abiertas en tijera para poder soportar su cuerpo que se erguía lentamente desde la madera. Ya en pie me pedía que la acompañara a la cocina, donde preparaba café para ella, té de canela para mí, mientras en el comal recalentaba tortillas, a las que espolvoreaba con azúcar por la mañana, o pizcas de sal si ya era hora de la comida. Luego me ordenaba que barrierá el patio o recogiera los trastos sucios. Más tarde me decía que le acercara unos leños para encender el fogón y preparar la comida, así lo hacía cada día, después de su programa matutino, para luego comer tortillas duras con té de naranja o café.

Abuela murió el día del temblor. El hospital donde convalecía cayó como un acordeón sobre su cuerpo, ahí se recuperaba de una operación en la cadera. Días después la encontraron entre los despojos de paredes, camillas, tanques

de oxígeno y otros cuerpos en descomposición. Ahora descansa en su tumba, pero a veces se aparece en mis sueños para aconsejarme que no deje de correr, que si me canso, siga adelante. El sueño no es ninguna realidad pero hay que alcanzarlo, así me habla. Allá me espera para que siga acercándole los maderos y nunca se apague el fogón.

EN BLANCO Y NEGRO

No hay luz en la casa, pero sí en la avenida y en el resto de las habitaciones de la vecindad. Ni Madre ni Abuela están, quién sabe adónde hayan ido. Temo entrar a la casa mientras no haya nadie. Me acerco al umbral de la puerta, pero un aire frío cual torrente sale de nuestra casa. Miro a ambos lados del pasillo, pero a nadie veo ni nada escucho en el vecindario, una situación muy ajena pues a esta hora, las cuatro de la tarde, el bullicio de los niños, sus madres y las radios con volumen estruendoso, es lo más habitual entre nosotros. Me quedo inmóvil cuando escucho una guturación prolongada que sale de los fondos de mi casa, aunque tersa y murmurante y casi silente. Luego una bocanada de aire frío atraviesa mi cuerpo. Quiero correr pero no me responden las piernas, tampoco puedo gritar ni mover las manos. Me quedo ahí engarrotado. El murmullo continúa. El viento cesa pero sigo con los vellos del cuello y de los brazos erizados por el susto. La televisión se enciende, aumenta su volumen y luego se apaga de manera natural, automática. Apenas pude entrever un programa: los muñecos de peluche de Plaza Sésamo no llevaban cabeza, aunque se movían y discurrían con sus parlamentos.

Al día siguiente, mientras se lo contaba a Madre, me contestó que lo soñado fue la pesadilla del niño que no se despega de la televisión, aunque le contesté que nunca la veo por razón de Abuela, quien diariamente la acapara para visionar con sus telenovelas de la mañana a la tarde.

Aun así, ya no la veas tanto, me ordena. No sea que un día de verdad se encienda sola y nos dejes por ahí hablando sin cabeza.

RELÁMPAGOS

Aquella tarde escuchaba los truenos y los relámpagos que caían en la casa. Cuando entraban arrancaban trozos de pared, desprendían polvo, estallaban los cristales de las ventanas. Y al pasar silbaban antes de alojarse en las habitaciones.

Mamá me llevó con la vecina antes de que uno de esos relámpagos cayera sobre mí.

NOSTALGIA DEL LODO

*Todo en ellos delata una profunda
nostalgia del lodo.*

Salvador Elizondo, *Ambystoma tigrinum*

¡Cuántos instantes de felicidad me concedió durante mi infancia ese animal! Y algunas lágrimas. Apenas terminaba de llover, corría solo o con mis amigos hacia los charcos que se formaban en torno a la presa del Capulín. Anidaba ahí, bajo el reseco lodo, fuera de la temporada de lluvias, pero apenas se anunciaban los truenos agitaba nerviosamente su cola espermática y su cabeza glandeal se asomaba entre los terrones agrietados solicitando torrente. Yo los atrapaba con cierto temor por las palabras de Abuela: Se te meten por la planta de los pies descalzos. Y a las mujeres traspasan sus enaguas. A pesar del miedo anidado, no le hacía caso y lo apresaba con la mano para depositarlo en un frasco de vidrio, que luego lucía triunfante entre mis amigos de la calle, quienes, no sin cierta envidia, me lo querían comprar, pero nunca se los ofrecí. Que ellos se descalzaran, arremangaran el pantalón para caminar entre el lodo y soportaran los fétidos olores de la cenagosa agua. Y más tarde aguantaran los gritos de Madre, ¡Ónde andabas, recabrón! Te ando buscando y nadie me cuenta tus pasos, y en caliente llegaba la cachetada, el cinturonzazo o la pedrada, que dependían de la inmediatez de los utensilios o de mi cercanía. Una lágrima nomás escurría, pero ante los azotes nunca lo soltaba.

Ese animal se llama ajolote, así llaman a esa larva que anida entre las charcas.

EN LENGUA VULGAR

Cristina, se dice mamar. ¡Quiero mamártelo! Así se dice en lengua vulgar de la calle, pero en lengua de amor se dice chupar, pero no se succiona, se lambe, luego se hace la raspa con la barbilla. Y mientras contienes llanto, aullido y vergüenza, aprietas mi cara a tu rebanada. Y mientras la tajada de sandía sigue abierta, le bisbiseo, murmuro, le secreteo que te amo. Y desde esa caverna húmeda rebota el eco de otras palabras, ese secreto sibilino nuestro, Conviérteme en tu deseo. Y entre las sábanas, la única lengua que admite tu cascada es la mía, emboscada entre la oscuridad de tus piernas, que reptar por el musgo que ahí se anida, a la espera de esta lengua de vaca para que rumie su pilosidad.

Cristina, al día siguiente no preguntes, ¿Quién te enseña a hacer esas cochinadas?, eres tú, tu cuerpo y tu deseo son los que me guían.

EL FRASCO

Eso fue hace muchos años, yo apenas lo recuerdo. Ella cargaba en sus brazos a la niña y corría entre las habitaciones y el pasillo inclinada sobre su cuerpo. Yo la miraba desde la ventana cuando empezó el tiroteo. Al llegar a mi casa, pateó la puerta, entró apresurada y cuando salí a recibirla, me dijo, Aquí le encargo a mi hija, se la entrega a mis padres cuando amaine el peligro. Eso sí, bien me acuerdo que salieron las fotografías de los señores en los diarios. Asaltantes, guerrilleros, robabancos, gritó a la mañana siguiente el pregonero mientras ondeaba el diario. Meses después busqué a los abuelos para cumplir el último deseo de la madre. Eso fue hace muchos años, tal vez veinte o treinta, ya no recuerdo. Desde entonces no sé nada de la niña, ¿era niña, verdad? Los abuelos llegaron una noche en sigilo y en sigilo se las entregué. No sé nada más. ¿Y usted por qué me pregunta todo eso? ¿Quiere ver los casquillos y las balas que recogí de mi patio a la mañana siguiente del tiroteo? Los tengo almacenados en un frasco de vidrio transparente. A esa pared de enfrente, si le raspa, aún puede sacarle el plomo de las ojivas que traspasaron las paredes de mi casa. Joven, ¿y la niña cómo se llamaba? Se llama Tania y todavía vive. Dios la bendiga.

ESPEJO VENTANA CUARTO

Como en las paredes de mi habitación ya no caben más palabras, ahora las tallo en la sábana de mi cuerpo con la crayola de mi sangre.

Cuando terminó el entierro del Jorge, regresamos con los deudos a su casa. Tiraron su cuerpo lejos de aquí. Una patrulla vino por doña Lupe para reconocer el cuerpo, pues su cara se la aplastaron con una roca. A la mañana siguiente regresó con el hijo para velarlo. Como nadie preguntó sobre su muerte, nadie despejó sus andanzas con la Aplanadora. Don Pedro se encargó de tapijar la casa con flores blancas, veladoras, copal en incensario y de tapiar ventanas y espejos.

La noche del entierro pregunté a Madre por qué clausuraban las ventanas y cubrían los espejos con todos esos trapos blancos. Ella me dijo, Es en señal de respeto hacia el difunto para que, cuando se despidan el alma del cuerpo yacente, no se vea reflejada entre los vidrios. Por eso los tapan con mantas.

—Y qué pasa si se descubren los espejos —le pregunté mientras mediaba la leche en mi taza de café.

—Durante el velorio nadie lo hará, menos durante el novenario. Quien así obre la pasará mal —respondió en seco.

Una noche antes de que terminara el novenario, me quedé solo en la casa del difunto. Como estaba muy oscuro, se me ocurrió abrir las ventanas. Cuando tiré de las mantas,

los enseres de la casa empezaron a derretirse como si fueran el cabo de una vela encendida. Iban consumiéndose poco a poco, arrugándose entre sus pliegues, lentamente se fruncían por sí mismos. Al ver reflejada en la ventana mi cabeza plegarse sobre el torso, me aterró tanto que grité abisalmente, entonces apareció doña Lupe gritando, ¡Pinche chamaco, cabrón! ¡Hijo de la chingada! Mientras me maldecía, clausuraba la ventana con su rebozo.

Ahora me escondo cuando la veo a través de la ventana, o cuando oigo pasar a don Pedro. Ya no paseo por la calle. La vecindad se termina aquí, en mi habitación, porque Mamá Gabriela anudó mi mano a la cama con esta cadena, por si el ánimo del Jorge decide pasar por mí.

CONFESIONES

Cuando terminé mis tareas en el zoológico, caminé hasta la jaula del gorila. Al llegar al mirador aún no salía de su cueva, aunque lo esperé un tiempo breve, apenas el suficiente para ordenar y acomodar mis herramientas en su caja. Un momento después salió como cualquier otro amanecer, arrastrando su pesado cuerpo por la pura nostalgia de los árboles selváticos, los párpados entornados por la luz del sol que ya se apostaba en ese firmamento de rejas, celdas y murallas. Llegó lenta, derrengadamente hasta el pie de la fosa que nos separaba. Y ahí se quedó mirándome, silencioso y yacente, y yo contemplándolo como cada mañana. Con el gorila ahí sentado, como un monarca antiguo que compurga su exilio, empecé a contarle las cuitas del trabajo, mi agridulce vida familiar y el hastío en que me encontraba varado. Como siempre, él atendía mi trivía doméstica, a veces asintiendo con un leve movimiento de la cabeza; otras, espulgando su testa. De lunes a viernes lo visitaba para confesarle mi vida sin atributos, hasta que un día —el jueves exacto en que iba a compartirle que asesinaría al cocinero, amante de mi señora— ya no salió a acompañarme, pero desde la baranda lo oía gemir, respirar y guturar en el fondo de su cueva.

Si no me escuchó mi amigo el gorila, ustedes menos me entenderán, pues tal y como ordena la manda, confesada en el balcón de aquel zoológico, al día siguiente apuñalé al cocinero.

LA PLANCHA

Por la contienda a puños, dejé al cocinero tundido sobre la plancha de la estufa. Ahí aproveché para estamparle unas puñaladas en el bajo vientre con el cuchillo que le arrebaté cuando picaba unas verduras. Un olor a ropa quemada y el sofrito de la sangre, que le escurría en torrente calmoso por el pantalón, impregnaba la cocina de su trabajo, adonde fui a buscarlo para reclamarle que anduviera cogiéndose a mi esposa. Quedé enterado de sus cuernos por los malditos chismes de la Cristina, quien me los confió a saber por qué.

Luego del pleito ya no volví a casa, ni me despedí de mis chamacos ni de mi vieja, nomás con lo puesto salí huyendo para el Gabacho, adonde llegué luego de dos días de viaje en tren. Con una vida a cuestras —la mía; la que allá se quedó—, la migra, la frontera o el desierto ni siquiera importan. Ahora trabajo lavando los trastes sucios de un restaurante y limpiando el piso, además atiendo los mandados del chef, quien me regala las sobras y en premio unos billetes verdes más por cada jornada, lo suficiente para nunca jamás volver a mi ciudad, a pesar de que extraña a mi familia, aunque ya nada me ata a la casa ni nadie me llame. Todo ese pasado se quedó enterrado allá.

DÁMELO HOY

- Ándale, di que sí, Cristina.
- Mañana.
- ¿Hasta mañana?
- No lo quieres saber ahora, ¿verdad?
- Sí, ahora lo quiero.
- ¿Y qué vas a hacer si te lo digo?
- Llevarte a lo más oscuro.
- ¿A lo oscurito?
- Sí, a lo oscurito.
- ¿Por qué ahí?
- Ni modo que te lo mame andando por la calle.
- Está bien. Te doy el sí.
- Vamos, pues, Cristina.

BOLERO

Me acordé de ti para olvidarte ahora que ya no estás conmigo. Te aviso que nadie ocupa tu lugar. Recordándote, te he olvidado. Sólo dejaste sangre, rencor y olvidos en nuestra casa. La sangre del cocinero que asesinaste por el maldito chisme de Cristina la envidiosa aún nos persigue. El pobre sólo nos visitaba por las tardes para traernos la comida sobrante de su trabajo. Sus hermanos hierven de rencor y por su madre nos enteramos de que apenas te aparezcas por la casa cobrarán esa sangre con otra sangre.

Antes de despedirnos para olvidarte, te recuerdo que aquí nos abandonaste, aquí nos dejaste. Para dejar de recordarte te cuento que, a la mañana siguiente de que apuñalaras al cocinero, llegó la policía preguntando por ti, pero nada sabíamos de la tragedia. Los gendarmes entraron a la casa sin pedirlo, revolvieron los cajones para pepenar los anillos, los aretes y las pulseras, luego arramblaron con los míseros billetes que guardaba en mi monedero. No conformes esculcaron en la vitrina y destrozaron un cuadro para arrancar tu fotografía, después se largaron azotando las puertas y gritando puras chingaderas por la vecindad, aunque olvidaron tu rostro desarraigado. Hasta ellos se olvidaron de ti.

Ahora recuerdo que tú fuiste el único hombre que entró en mi vientre, al que le ofrendé mis senos, le abrí el compás de mis piernas y el único a quien le murmuré no mi amor, sino mi deseo con mástil mayor tuyo entre mis labios, susurrándotelo, Amor de mis amores, hazme tuya.

Si bien te va, allá estarás carcomiéndote en tu soledad. El olvido tú lo pagarás. Aquí nos dejaste, aquí te olvidamos.

Tu hijo cuando preguntaba por ti, se desesperaba de que no llegaras a casa por las noches. Él ahora no tiene leche, aunque ya no pregunta dónde estás, pues cansado de esperarte ya se olvidó de ti. También tu nombre lo he tachado de mis recuerdos. Para Abuela ya no existes, para mí tampoco, así que donde te encuentres, haz lo que sabes: busca una mujer que planche tus silencios, lave tus ausencias y sazone con vinagre ese humor de perros que agüita tu carácter. Aquí nos abandonaste, aquí nos despedimos. Así me libero, segura de que tus penas las compurgarás en el infierno de tu desdicha. Nada sabemos de ti. Tu recuerdo descansa en la paz de un sepulcro sin nombre. Allí te dejamos, aquí te olvidamos, amor de mis ayerés. Antigua desdicha.

Me despido con aquella canción, ese bolero con que bailábamos a la luz de una vela cuando aún no llegaba el hijo que aquí arrumbaste:

NADA SABEMOS DE TI

Nada sabemos de ti, amor,
nada desde que nos abandonaste.
Un sepulcro cobija tu olvido.
Nada sabemos, amor de mis ayerés.
Amor de mis ayerés, nada sabemos de ti.

Padecimos por los mendrugos
abandonada la despensa
el hogar apagado,
amor, nos arrumbaste en el hambre.
En el lecho nocturno añoraba
tus labios
tus caricias
y las oquedades que dejaste

urgían tus dedos.
Nada sabemos de ti,
amor de mis ayeres.

Ya no volviste
sin tu retrato
un marco queda en la repisa;
al ropavejero herramientas,
camisas y pantalones.
Otros labios humedecen
cada cima gozan mi cuerpo
durante las noches,
mis placeres ya nada saben de ti.

Allá nos dejaste,
aquí te rezamos:
un sepulcro sin talla
y sin tu nombre
cobija tu olvido.

Así te dejamos,
aquí te olvidamos,
amor de mis ayeres.
Amor de mis ayeres,
nada sabemos de ti.
Un sepulcro sin talla
cobija tu olvido.
Nada sabemos de ti,
amor de mis ayeres.

VENENO

En las calles de mi infancia me apodaron así: Veneno. Vivía entonces en Lino, una calle frente al Panteón Dolores, donde aprendí el arte de los puños, la punta y la canalla. La pistola llegó más tarde, cuando aumentó el botín de los secuestrados, se esponjaron los enemigos y la tropa de la Aplanadora pretendía alebrestarse. ¿Que no me desvíe? ¡Ah, sí!, el bautizo de mi apodo. Madre me lo puso porque las mascotas que me regalaba morían entre mis manos o por mis puños. El perrito que me trajo en uno de mis cumpleaños murió asfixiado dentro de una bolsa de plástico porque no me obedecía; más tarde me regaló un gato, pero lo amarré a un cable eléctrico porque me arañaba muy seguido, luego lo conecté a la electricidad; como el periquito no paraba de cantar durante las mañanas lo encerré en su jaula con un gato que atrapé en la vecindad. Por eso mi madre me puso así, porque los animales se desvanecían en mis manos, fulminados por un veneno, así me decía ella. Los escuincles de la cuadra lo escucharon una vez en labios de ella, Veneno, ya vente a comer, y desde ahí hasta ahora sigue siendo mi cruz, santo y seña.

¿A defenderme? En las calles lo aprendí, ya que los hombres mayores nos zapeaban bien duro cada vez que nos tenían a tiro. Como un cabo lleva a otro, en la primaria fue muy fácil discurrir a los golpes. A veces ordenaba a mis amigos que me trajeran la torta de aquel chamaco cuando tenía hambre; o si necesitaba una flauta para la clase de

música les indicaba que fueran a buscarme una a la hora del recreo, que a fuerza de madrazos se la arrancaban a cualquiera, para llevármela, así fuera una niña. Entonces me afianzaba como el Veneno. No terminé la secundaria porque un pinche chamaco se negó a darme sus apuntes, muy enojado lo llevé a empujones al sanitario, donde lo azoté contra el mingitorio hasta que la porcelana se desprendió, casi muere por desobedecerme, y yo aprendí a hacer daño y a cuidarme. Sus padres me amenazaron con matarme y, como fui expulsado de la escuela, nunca más volví. Desde entonces me dedico a ganar dinero sometiendo a la gente.

¿Qué si yo la fundé? Sí, por lo mismo, organicé la Apladora con viejos compañeros de la escuela, amigos de la calle, más otros que se fueron apuntando a la robadera de mercancía, gente y dinero. No, lo que más deja es el secuestro. Nos especializamos en las rucas. Esperamos las señoras dejen a sus hijos en la escuela, las seguimos hasta su casa y cuando se está abriendo el portón para entrar con el coche, como las puertas automáticas suben muy lentamente, las encañonamos y les damos unos buenos chingadazos, pero casi siempre tienen suficiente cuando ven el gran cañón de la fusca, con ese susto basta para calmarlas. Quietecitas o pataleando, las llevamos al vecindario y las guardamos unos días con los ojos vendados hasta que recibimos el billete, pero si los maridos se hacen los pobrecitos, les recetamos unos cuantos quedos, pero si nos dan más largas, se las obsequio a mis hombres para que se entretengan con ellas por las noches. Y si los maridos no sueltan el billete, mis socios la videograban cuando le están dando pa lo suyo. Así aflojan siempre los maridos, o los hijos, o quien sea. Apenas miran el video nos llevan el dinero adonde se los pidamos.

¿Te refieres a la policía? Mientras no toques a su familia o a uno de sus compas, la ley o la justicia no caben aquí. En esta realidad, yo gobierno. Aquí yo soy la ley.

¿Cómo crees? No pienso dejarlo, este negocio no se abandona, nomás recuerda que juego con fuego y moriré entre sus llamas. Vivo al día y cada mañana me levanto para el desenlace. Hay mucho dinero aquí. También pobreza, de donde saldrá la competencia que me desbanque o el valiente que me cobre tanta canallada, porque fueron tantas las chingaderas que por mi mandato fueron ejecutadas. Yo mismo di piso, violenté a las rucas, apuñalé a los contrarios o destacé a las vivas. ¿Qué me empujaba a hacerlo? No lo sé, en verdad, tal vez sólo fue el hambre en las mañanas, la miseria de nuestra familia o este carácter de los cien demonios que habita en mí desde la infancia.

Pero bueno, y a todo esto, ¿por qué me lo preguntas?, ¿quieres aliarte con nosotros, o qué? Nomás te recuerdo que andarás tras los pasos del Veneno, y en esta vida suelta no hay contra remedio. Pues no sólo pregunte, también jálele. ¿Apenas quince años? A esa edad arrancaron mis primeras fechorías bien parado con una fusca. ¿Qué me dices, le pones?

ALTO

Me detuve para abrir el portón, bajé del coche y, antes de meter la llave en la cerradura del zaguán una voz me dijo, Ya se chingó, ora sí, ya valió madres. Me arrancó las llaves y me subió a empujones a otro. Para no gritar más me dio unos puñetazos en la boca. Entreví que en otro auto lo esperaban sus amigos. Antes de arrancar me acostaron en el asiento trasero. Uno de ellos se sentó arriba de mí. Por un tiempo manejaron por calles y avenidas hasta que llegamos a una vecindad, eso parece. Ahí me bajaron. Hablaron con un sujeto, quien me cuidó desde ese momento. El secuestrador se quedó conmigo en la cueva que después usaron para esconderme.

DON MANUEL

—¿Cómo te fue en la operación?

—¿Durante el tiroteo en la colonia?

—¡No, imbécil!, afuera de la iglesia.

—¡Ah!, el sábado pasado. Creí que hablabas de cuando asaltamos la casa donde se refugiaban los guerrilleros.

—¿¡Qué no eran asaltabancos!?

—Eso dijeron en el reporte, pero era un grupo guerrillero refugiado en una casa, muy cerca de la pulquería a la que vamos los días francos. En el cuartel nos dijeron que ahí se entuzaba la mujer que preparaba, organizaba y comandaba a nombre de la Liga los asaltos bancarios.

—¿La Violeta, en esa pulquería? ¿Y cómo estuvo ahí? ¿Hubo muertos?

—De haberlos, fueron varios, ninguno nuestro. Masacraron hasta las paredes. Yo llegué de refuerzo cuando el tiroteo había terminado. Sólo vi los cuerpos tendidos, lagunillas de sangre y muebles volcados. Quien los rasuró se ha de haber llevado un buen botín.

—Se rayaron los compañeros, ¿eh?, pero de ésa no te pregunté, buey, sino de la operación del sábado.

—Ésa estuvo fácil, nomás llegué, le puse la pistola en la sien y enseguida me dio las llaves del coche, el anillo y la cartera. Susurraba algo como del padre, pero no lo escuché bien por estar atento al vecindario. No fueran a salir en su ayuda.

—Era don Manuel, el cura, que en la misa del domingo denunció que lo habían asaltado afuera de la iglesia.

—Ahora lo entiendo, eso murmuraba entonces. Que era el padre de la iglesia. Y yo sin saberlo. Con razón había en la cartera fotos de niños desnudos.

—Se lo merecía, entonces. Viejo cabrón.

—¿Nos vamos a La Violeta?

PROMESA

Por la venda que tapiaba mis ojos, nada del entorno percibía, pero los recuerdos asaltaban mis días en el encierro: Mi niña alzando su biberón desde la cuna, pidiendo leche por primera vez; los pasos de mi marido cuando llegaba a casa luego del trabajo; la voz de la abuela; la deuda con el banco; las carcajadas de la vecina; los seis años de mi hija. No podía quedarme aquí, me repetía al pensar en su edad. Tengo que escapar, fue mi promesa. Y odié a mi secuestrador. Lo mataré, me juré en el silencio húmedo de la cueva.

ALIMENTO DE LOS SUEÑOS

Los alebrijes se alimentan de tus pesadillas, hijo, viven de ellas, decía Madre mientras almorzábamos el sábado al mediodía. Y miraba el monstruo que me había regalado el día de mi cumpleaños, posado sobre la repisa, en su colorido, garroso y retorcido cuerpo. La lengua viperina atenazando el aire.

He soñado muy feo, Madre, la casa se quema en mis pesadillas. Padre está dentro y nadie lo puede sacar, sólo se escuchan sus gritos por la vecindad, aunque miran hacia las llamas nadie sale a rescatarlo. Tú y yo miramos cómo el fuego devora las láminas del techo e ilumina el patio como cualquier mañana temprano. Una de las lengüetas de fuego cayó sobre el cartón que almacenaba Padre en el rincón del patio y, como ardía con furor, su rugido apagaba los gritos de auxilio que nos lanzaba Padre desde la hoguera. Ninguno de los habitantes de la vecindad se movía, nomás miraban fijamente las llamas, fascinados por el vaivén iluminado del fuego. También yo contemplaba las llamas, aunque en mi inmovilidad trataba de separar el rugido del fuego de los lamentos de Padre. Creí escuchar un grito de auxilio después de que pronunciaran mi nombre, pero yo seguí inmóvil, fascinado por las volutas, las chispas y las lenguas de fuego que consumían la casa. Qué podía hacer yo y, aunque pudiera, no me iba a arrojar a las llamas por Padre, si apenas lo conocí.

Eso recordaba de mi sueño justo el día en que Madre me descubrió haciendo dibujos con la llama de la vela en el

techo de láminas de mi cuarto. No hagas eso, recuerda que tu alebrije se alimenta de los actos de tu día. A la noche tendrás más pesadillas. Deja eso antes de que se queme la casa.

ZOOFILIAS

El pastor mima a sus cabritas entre los matorrales de la cañada. Yo, a mi sirena la embroco encima de los escollos musgosos mientras los bramidos del mar estallan contra las rocas apagando sus aullidos.

AMBLAR

Al mediodía la sirena llega presurosa a los bajos de la bahía para mirar el cadencioso andar de las bañistas, quienes cubren el vértice de sus muslos y la pirámide del pecho con un girón de tela. Asoma sus ojos por la espuma de las olas y se zambulle de súbito cuando un nadador se acerca a ella. Luego vuelve a emerger, emboscada entre las olas, los ojos atentos al andar de las bañistas que caminan a la vera del mar para encontrar un asiento donde reposar la planicie procelosa de sus cuerpos. Arena y sol. Brisa y olas temperadas: una lujuria para las visitantes. Un hogar sempiterno para ella.

En el ocaso, cuando las fogatas de los pescadores se han extinguido, la sirena remonta las olas para dirigirse a la playa. Ahí, donde desembocan las olas y la resaca, en la fusión del torso con la cadera se adhiere una estrella de mar y, en el volcán de los senos, dos pudibundas algas anudadas a la espalda. Inmediatamente practica el andar sinuoso y amblarino de las bañistas que había contemplado desde la espuma marina a la luz del alto sol, mas su cauda, aun cuando se ejercita en demasía, siempre le atrofia el paso. Granos de arena en la comisura de los labios, ningún bañista como testigo, salvo el resplandor de la luna, la brisa y las estrellas. Un anhelo farfulla mientras se sacude la arena, Mañana, en el crepúsculo del día, me robaré sus sandalias.

ARGONÁUTICA

Ahí nada se agitaba, ni el graznido de las gaviotas se escuchaba, tampoco el salto juguetero de los delfines. Nada salpicaba el agua marina, nada se movía, menos las olas. El mar era un apacible manto líquido donde se contemplaban las nubes en su tránsito celeste.

Cuando remontamos ese horizonte marino, el tritón me entregó un carcaj con tridentes y arpones. Entonces me dijo, Ve por ella, señalando con el índice la superficie bruñida del mar. En algún lugar de este firmamento la encontrarás. Luego se zambulló en la planicie marina.

Ya tenía edad para la caza, así que mi primer oficio de hombre fue atrapar una sirena, remontarla hasta una escollera, colocarla sobre las rocas para desollarla, menudear su carne y extirparle el corazón, envolverlo con sargazos, guardarlo en el carcaj y transportarlo a los aposentos de nuestro venerable rey. Nadie debía tocar el corazón de la sirena, sólo sus manos podían hacerlo. Así lo mandatan los usos y tradiciones que gobiernan nuestra tribu de cazadores marinos.

Cumplida la encomienda, regresé a casa. Al entrar, por un rumor de mi madre, me enteré de que el corazón de las sirenas sirve para alimentar al envejecido rey en sus noches de amor. De los fogones se lo llevan a la mesa, sofrito, salpimentado, rebanado en finos trozos ovoidales, que engulle sin masticar. Cuando termina su cena, se encierra en su alcoba nupcial, adonde le llevan una ninfa o una nereida

en etapa de ninfalidad para que retoce con ella. También logré escuchar, ya en tertulia con los mayores en la caverna, que tal costumbre se remonta a la más añeja antigüedad, cuando el Rey de los Argonautas avasalló a questo mundo de la sal.

Una nereida me confió, en noche sin luna y tendidos en un remanso, que el rey las desnuda, olfatea sus muslos y lambe su trasero hasta que la baba se le escurre por las barbas, luego duerme como roca abisal. Entonces ellas, la noche libre y el tálamo inmenso, buscan a los ujieres o, cuando no están disponibles, entre ellas se regalan una noche de incendios pasionales.

LADRÓN DE ALMAS

—¿Por qué Madre no quiere al fotógrafo?

—Ella dice que se roba nuestras almas, por eso siempre lo corre o le hace malas caras cuando lo ve.

—¿Como el Robachicos que se lleva a los niños?

—Peor. Este fulano se los lleva y los pone a mendigar en los camellones, y cada ganancia es para su beneficio; aquél hurta el alma de las personas retratadas para hacerles malidad, brujería y mal de ojo, o para clavar alfileres en las imágenes. Hay mucho mal en ese hombre.

—Pero si sólo son fotos.

—Esas imágenes llevan tus pensamientos, alegrías, anhelos y humores. Nunca dejes que te tome una, sobre todo si estás solo con él. ¿Entiendes?

—Sí.

No le dije que ya había estado con él, los dos solos y, mientras me mostraba su cámara, con otra tomaba fotografías de mi cara, cuerpo o manos. Cuando me pidió que me quitara la camisa, mientras me acariciaba la mejilla, salí corriendo de su taller, pero eso nomás yo lo sé. Después de la advertencia, ahora pienso cómo voy a entrar a su taller y sacarle las fotos, no sea que quiera levantarme un día por la mañana y ya no me responda el alma, o mientras suspiro dormido ataladre por punzadas mi cabeza.

RECLAMO

Comete usted un delito, le reclamaba la señora. El eco de su voz se repetía en la oscuridad de la cueva. Quién me castigará por eso, le respondía el secuestrador mientras colocaba un revólver entre las piernas de ella.

MANDATOS

Otra vez una tarea que no sé cómo resolver. Dijo el maestro que fuéramos a la biblioteca a indagar qué es un decálogo, traer un ejemplo y copiarlo en el cuaderno de los apuntes. Así dijo.

Cuando llegué a la biblioteca una empleada me preguntó, Qué buscas, niño, en qué puedo ayudarte. Después de explicarle la tarea, tal como me habla Madre, me dijo, Siéntate ahí, sin preguntarme si quería hacerlo o no, sólo la orden en seco. Ahí la esperé, sentado en una silla vieja y manca, ayuntada a una mesa rayada con incontables líneas sin firmamento, palabras entrecruzadas, trazos que fingían dibujos, polvosa y abollada en su planicie. Cuando regresó, me dijo al aventarme el libro, De ahí copia la tarea, ábrelo en el índice para que encuentres lo que te encargaron. Navegué por sus páginas. En ese cuerpo de líneas hallé la incógnita que buscaba. Entonces leí y copié cada pensamiento en sus palabras, sin entenderlas, claro, pues ya me las explicaría el maestro. Así lo creí.

Al día siguiente cuando preguntó por la tarea, yo levanté la mano, Muy bien. Léelo en voz alta, ordenó el maestro. ¿Quiere que pase al frente? No, desde tu lugar dale lectura, y así lo hice, en medio del grupo y de pie:

DECÁLOGO APÓCRIFO
POR EDMUNDO VALADÉS

EL BUEN CUENTO

1. El buen cuento debe saber contar bien una historia.
2. El buen cuento no debe incluir elementos innecesarios.
3. El buen cuento debe tener un buen principio, un buen diálogo, una buena estructura y un mejor final.
4. El buen cuento debe atrapar desde las líneas iniciales la atención del lector.
5. El buen cuento inicia su trama en el momento crítico.
6. El buen cuento no debe rebasar las veinticinco páginas.
7. En el buen cuento, sea usted breve.
8. Por lo tanto, en el buen cuento debe ser conciso.
9. El buen cuento debe tener un golpe sorpresivo final.
10. Por último, el buen cuento se tantea y se arrea desde que vislumbras las piernas de una temprana y atractiva muchacha.

Al final de la clase, me preguntó dónde lo había encontrado, pero como no recordé el nombre del libro le mostré mi cuaderno de notas, justo en la hoja donde había copiado sobre la cuadrícula azul: *El cuento jíbaro*, aunque tampoco supe responderle quién era el autor, pues eso no pidió. Sólo la tarea. Y yo la hice. Nadie más la llevó.

Al rato sonó la chicharra que anunciaba el recreo. Salimos en tropel, el maestro incluido. Al alejarse hacia la dirección, nada me alegró más que no me preguntara qué significaba decálogo, apócrifo, jíbaro o cuento, aunque la primera palabra se la pregunté a Madre cuando volví de la biblioteca. Son los mandamientos, cariño, y a ellos hay que atenerse. No dijo más, pues se puso a remover la cacerola que susurraba sobre la estufa. Si me preguntaba qué es un cuento, le hubiera respondido con una historia que me confió Cristina cuando don Pedro la encerró en su cuarto.

O le contaría cuando a don Manuel, el padrecito, lo asaltaron afuera de la iglesia. ¿Eso formará un cuento? ¿O esas historias no servirán para alimentar un cuento? Ya sé, cuando me pida una historia le platicaré cuando un perro rabioso quiso devorarme.

ÍNDICE

Sobre <i>Anatomía de una ilusión</i> Ana María Shua	9
La tarea	11
Adiós al fútbol	13
Fuera de lugar	14
Estampa de verano	15
Antonia	16
A la mar sirena	17
Silencio de alcoba	18
Noches de Odiseo	19
Oficio de falomántica	20
El refugio	21
Los derrumbes de la noche	22
Navegación doméstica	23
Maldito amor	24
Lamento de sirena	25
Piedras de río	26
Doméstica	27
Linóleum	28
Nocturno	29
Domicilio del Señor	30
Vida de la mosca	31
Declaración	33
Simpatía por el rudo	34
La silla	35

Los espulgadores	37
Oración al hereje	39
Verano	40
Ánima de la basura	42
Cristina por la mañana	44
Columpio de azotea	46
El círculo	48
La doña	50
Don Pedro	51
Enjambre de historias	53
Chalanerías	55
Cristina en su sueño	57
Padre	58
Breña Cristina azadón	60
Segunda muerte	62
Axolotitlan	64
El secreto	65
El paseo	66
Refriegas del pan	68
Duelo	70
Declaración	71
El retorno	72
Lares sin mar	73
Caza furtiva	74
Vestida de playa	75
Señora del agua	76
Lino	79
La Liga	81
Silla ventana marco	83
Cuatro conejo cinco canica	85
Mendrugos en la oscuridad	86
Tania	88
Cáñamo	90
El patio	92
Escoba de nubes	95

Arqueología de la vida cotidiana	97
En blanco y negro	99
Relámpagos	101
Nostalgia del lodo	102
En lengua vulgar	103
El frasco	104
Espejo ventana cuarto	105
Confesiones	107
La plancha	108
Dámelo hoy	109
Bolero	110
Veneno	113
Alto	116
Don Manuel	117
Promesa	119
Alimento de los sueños	120
Zoofilias	122
Amblar	123
Argonáutica	124
Ladrón de almas	126
Reclamo	127
Mandatos	128

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

María Teresa Uriarte
Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura

Leticia García
Subdirectora

Víctor Cabrera
Martha Santos Ugarte
Editores



Anatomía de una ilusión, de Javier Perucho, de la Serie Rayuela de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 31 de mayo de 2016 en los talleres de Gráfica Premier, S.A. de C.V., Calle 5 de Febrero 2309, Col. San Jerónimo Chicahualco, C.P. 52170, Metepec, Estado de México. Se tiraron 1 000 ejemplares en papel cultural de 90 gs. La composición se realizó en tipo Veljovic Book de 11/13. Impresión en offset. La edición estuvo al cuidado de Martha Santos.

